

Eugenia



3

LA NOVELA
CORTA

20 cts.

LA EMPERATRIZ
EUGENIA - SU VIDA

Diputación de Almería — Biblioteca. Emperatriz Eugenia, La., p. 1

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3. — MADRID. — TELÉFONO J-624: — APARTADO 498

Entre los interesantísimos trabajos que con destino a LA NOVELA CORTA tenía nos en cartera, encuéntrase LAS MEMORIAS DE LA EMPERATRIZ EUGENIA. La reciente muerte de tan egregia dama, la más interesante figura de las Cortes europeas, por las excepcionales circunstancias de grandeza y de dolor que en su vida concurrieron, nos impulsa, aprovechando esta actualidad, a rendir un sentido homenaje a su memoria, publicando los más interesantes episodios de su vida, tan accidentada y tan pintoresca, que hacen de la ex-reina de Francia, Condesa de Montijo más que un personaje real de carne y hueso, una heroína de novela, digna de la pluma de un Fernández Caballero, o de un Balzac...

LA EMPERATRIZ EUGENIA

**Nació imperial.-Juventud.-El matrimonio.-En las Tullerías.-
El esplendor de un Imperio.-La emperatriz de la moda.-Via-
jes triunfales.-Maternidad.- Errores.- La tragedia.-Viudez.**

POR

ARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)



R 7308 - A

INTRODUCCIÓN

Con la muerte de la Emperatriz Eugenia parece que se renueva la tragedia de la caída del Segundo Imperio, esta vez de un modo definitivo, porque aún parecía vivir y alentar esa lejana época romántica en la persona de la Emperatriz, que daba como una extraña autenticidad histórica a todas las leyendas.

Su muerte nos ha sorprendido, a pesar de su avanzada edad—le faltaban seis años para cumplir el siglo—, porque nos habíamos acostumbrado a creerla inmortal, algo así como un códice imprecadero de toda la historia del siglo XIX.

La figura de Eugenia María de Guzmán tiene más importancia de la que generalmente se cree; porque no fué sólo la mujer bella que escala con su hermosura un trono; fué la mujer de talento, que tenía voz en los Consejos del Emperador; que fué Regente y Gobernadora de Francia y que influyó directamente en los destinos del mundo, de tal modo, que Augusto Frachet, el polígrafo insigne, ha dicho:

«Uno de los mayores políticos del siglo XIX es la Emperatriz de los franceses», y Metternich añadió; «Tiene tanto talento, que oyéndola se olvida que es hermosa.»

Para nosotros tiene, además, otro encanto: es española. Podríamos decir es *la española*, porque ella fué la española por excelencia, la que encarnó la síntesis y el resumen de todo nuestra alma, el espíritu genuinamente español y castizo. Ese fué su mayor encanto, su don de seducción, todo su poder.

Tenía toda la característica de España, tenía en su carácter gérmenes de nuestro carácter. Era enérgica, altiva, apasionada, vehemente, impetuosa, ligera, devota, supersticiosa y abnegada. Era muy mujer.

Hubo un momento, la mañana del 4 de septiembre en que el pueblo de París le gritaba como un insulto: *!Española!*, lo mismo que le había gritado a María Antonieta *!Austriaca!* Pero esta palabra «Española» se convertía para ella en un elogio; si no hubiera sido española, brava como un hombre bravo, que supo colocar su orgullo y su dignidad más altos que sus intereses, no hubiera evitado, como dice uno de sus biógrafos, días de sangre y luto. Se la admira más después de una caída soportada con toda la gran entereza, la gran dignidad y la generosidad del alma española.

La influencia de la Emperatriz fue tan grande en todos los órdenes—como veremos en estas páginas—sociedad, moda, costumbres y literatura, que inspiró a los grandes ingenios para obras importantes. Fué *Carmen*, de Merime; apareció en las obras de Balzac, Eugenio Sué; Jorge Sand, Standhal y Lamartine, como tendremos ocasión de ver, y su figura siguió siendo tan seductora después de dejar de ser Emperatriz como lo había sido antes.

Yo tuve el honor de conocerla y escucharla el año 1906, en el mes de Junio, en Venecia, ciudad a donde iba con frecuencia en su yókt. Allí tenía una amiga, otra española inolvidable, doña Cecilia Madrazo de Fortuny, hija de don Federico y esposa del gran pintor.

No se si la vi en la realidad o la vi al través de la leyenda, que crea figuras como esas espirales de humo que suben hacia el azul.

Me concedió una audiencia por mediación de nuestro cóasul, señor Napoleone Pardo, y me habló de España con un entusiasmo y un cariño de verdadera patriota, con ese vivísimo sentimiento que le ha hecho exclamar, al tener consciencia de que se moría: «Más vale que sea en España.»

Desde entonces yo he guardado anécdotas y noticias de la Emperatriz para tratar de fijar su verdadera figura, como voy a hacerlo ahora, ordenando mis cuartillas en el momento doloroso en que su cadáver reposa en el palacio de Liria, bajo el peso de una profunda piedad.

Es triste ver morir a esta mujer que cierra con su muerte la crónica de una edad histórica. Ella vivirá en la historia, discutida o ensalzada; pero ha muerto triunfante de todos sus enemigos, porque ha sido la superviviente de todos, y tan larga vida es un indiscutible triunfo.

No he tratado de verla después de aquella suave tarde de Venecia. He querido conservar el recuerdo de la impresión que tuve al despedirme de ella, bella aún, de facciones suaves, de mirado inteligente, de voz armoniosa. La seguiré viendo en mi imaginación, con una blancura de marfil entre el negro de los crespones que envolvían su figura, majestuosa en su pequeñez; inclinada, sonriente y melancólica, para decirme «Adiós», con el cariñoso gesto de una doña viuda, en el soberbio marco de los palacios calados que se retratan en las ondas del Adriático.

NACIÓ IMPERIAL

La Naturaleza hizo Emperatriz de la hermosura, dándole pródigamente todos sus dones al nacer, a María, Eugenia, Ignacia, Agustina, nombres con que fué bautizada la futura Emperatriz, en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, en Granada, el 6 de mayo de 1826. Había nacido en esta ciudad—que es como ser española dos veces—el día 5 de este mes y año, que era, precisamente, quinto aniversario de la muerte de Napoleón I, en Santa Elena, provocando su nacimiento prematuro el terremoto que se sintió en aquellos momentos.

En la casa donde nació, calle de Gracia, número 12, ha colocado esta lápida el Ayuntamiento de Granada:

EN ESTA CASA NACIÓ LA ILUSTRE
SEÑORA DOÑA EUGENIA DE GUZMÁN
Y PORTOCARRERO
ACTUAL EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.
EL AYUNTAMIENTO DE GRANADA
AL COLOCAR ESTA LÁPIDA SE HONRA CON
EL RECUERDO DE SU NOBLE COMPATRICIA.
AÑO DE 1867.

Durante gran parte de sus primeros años, aquella niña fué conocida por el nombre de Eugenia Palafox.

La familia Palafox era oriunda de Aragón. A mediados del siglo XVIII, don Felipe, abuelo de Eugenia e hijo segundo del jefe de la casa, contrajo matrimonio con doña Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, la cual, entre sus muchos títulos, llevaba el de sexta condesa de Montijo. Esta señora estaba emparentada con algunas de las familias más pudientes de España. Entre los descendientes de don Felipe hallamos a sus dos hijos, Eugenio y Cipriano, condes, respectivamente, de Montijo y de Teba, Grandes de España por varios conceptos. El apellido de Portocarrero indicaba que por las venas de esa familia circulaba algo de sangre italiana. Decíase que los Portocarrero habían venido de Génova a España en el siglo XIV.

Los biógrafos de la Emperatriz han dedicado considerable atención al factor escocés de sus antepasados. La genealogía de la familia Kirckpatrick Closelmsn describe como primer miembro de este linaje a la señora Irene, a principios del siglo XII.

Los disturbios de Inglaterra bajo el dominio de los Estuardos dispersaron a la familia, uno de cuyos descendientes, llamado Guillermo, pasó a España a mediados del siglo XVIII y se fijó en Málaga, donde se casó con la hija de un negociante de vinos y frutas.

Guillermo Kirckpatrick se creó una buena posición en Málaga, donde fué nombrado en 1791, cónsul de los Estados Unidos. Mandó sus tres hijas a París para educarlas, y se dice que allí fué donde la menor, María Manuela, encontró al hombre con quien más tarde se casó.

Cuentan que, a pesar de haberse enriquecido con su comercio de vinos y frutas, Guillermo Kirckpatrick continuaba la venta de vino al detalle en una de las dependencias de su casa, y que su hija menor María Manuela (las dos

mayores ya se habían casado, le ayudaba en tal comercio, atrayendo numerosa clientela con su gracia chispeante y su hermosura extraordinaria.

Para obtener del rey Fernando el permiso de casarse con la hija de un comerciante extranjero, D. Cipriano, como grande de España que era, tuvo que probar la nobleza de su futura esposa, a cuyo efecto se hizo remitir de Edimburgo la documentación necesaria. Presentadas las patentes de nobleza de la familia Kirckpatrick, se celebró el casamiento en Granada el 15 de diciembre de 1817.

Entre las calumnias que suscitó la grandeza de Eugenia figura la de que ella y su hermana Francisca, futura Duquesa de Alba, no eran hijas de la condesa de Montijo, que las dos que tuvo ésta habían muerto, y que Eugenia y Francisca eran hijas de la Reina Cristina de España, antes de su casamiento con Fernando VII.

Por algunas de estas calumnias contra ella y su hija, la condesa de Montijo demandó a los calumniadores ante los tribunales, y obtuvo del de primera instancia del Sena un fallo condenando a los culpables.

Los primeros años de Eugenia transcurren en Granada, cuya belleza árabe dejó gran germen en su alma. Su carácter empieza a delinearse desde niña, con esta anécdota:

Su padre quiso alejarla de Granada, donde corrían peligro a causa de la guerra civil; pero la niña, al ver que los que la acompañaban ocultaban su verdadero nombre, exclamó con altivez:

—Eso no es cierto. Soy la hija del conde de Montijo.

El matrimonio se trasladó a Madrid, viviendo en esta época en la calle del Sordo, y la educación de las niñas, así como la diferencia de carácter, eran fuente de disgusto entre ambos. Había muerto su hijo primogenito Paco y sólo quedaban Francisca y Eugenia, la menor.

Don Cipriano, a pesar de ser ya conde de Montijo (había heredado toda la fortuna y títulos de su familia), sostenía la idea de que sus hijas tenían que ser educadas sin ningún lujo, como si no hubiesen mejorado de posición, la condesa sostenía ideas diametralmente opuestas, con el propósito de casarlas bien. Hacía tiempo que sus pretensiones sociales eran causa de disgustos domésticos. Al marido no le gustaba la sociedad que tan necesaria le era a la condesa. Las diversiones las tenía él en mal concepto, al paso que ella sentía gran afición al teatro y le gustaba tomar parte en representaciones dramáticas. Excepción hecha de que ambos eran campeones de la idea napoleónica, no había nada de común entre marido y mujer. De modo que no es de extrañar que, habiéndoles separado las circunstancias, no se volvieran a reunir más que al acercarse la muerte.

Huyendo de los acontecimientos políticos que dieron lugar a la matanza de los frailes, el año del cólera, la condesa se fué a París con sus hijas.

En la capital francesa había de encontrar facilidades, merced a excelentes relaciones que se había creado en Madrid y gracias sobre todo a su gran amistad con Merimée, que la presentó en seguida a la familia De Laborde, con la cual se hallaba íntimamente relacionado desde su infancia. A favor de los auspicios del conde Alejandro De Laborde, muy conocido, como Merimée, por sus estudios en materia de historia y de arte, la condesa de Montijo se halló poco menos que entronizada en un círculo de carácter eminentemente literario.

Una de las personas con quien la condesa contrajo más amistad en París

fué Stendhal, presentado a ella por Merimée bajo su verdadero nombre de Enrique Beyle, y que vino a ser gran favorito de la madre y de las dos hijas.

Merimée las llevaba de paseo desde la plaza de Vendome, por la Concordia, hasta pasar el puente, a aquella niña, que atraía a los paseantes por sus amenas charlas, y que a él le deleitaba enseñándole muchas cosas infantiles.

La amistad de Merimée con Eugenia, cultivada sin dejar un día, duró hasta la muerte del literato insigne que falleció a causa del disgusto que le produjo la caída del Imperio y comenzada siendo ella tan niña, puede decirse que fué aquel hombre de superior espíritu quien formó la inteligencia exquisita de su discípula, derramando su abundante ingenio, gota a gota, en campo preparado para que fructificara la cosecha.

Stendhal, refiere cómo la sentaba en sus rodillas y jugaba con ella, narrándole historias que escuchaba con inalterable atención y que luego repetía sin olvidar palabra.

Una vez, cuenta Enrique Beyle, decía yo a la niña.

—Dentro de unos años, te casarás en España con algún Marqués de Santa Cruz o con algún Duque de Alba, y entonces te olvidarás de este amigo que te quiere tanto.

La profecía de Beyle no se cumplió en ninguna de sus partes, pues la Emperatriz conservó lo mismo a Stendhal que a Merimée todo el afecto que merecían amigos que la acompañaron en las vicisitudes de su vida, y siempre les dispensó, a la vez que profundo cariño, soberana protección.

En este ambiente, al lado de los literatos cuyo roce suele hacer brotar las chispas del ingenio, educó en alto grado la futura Emperatriz su inteligencia, siendo esta una de las causas del dominio que siempre conservó sobre su esposo, el cual rendía también culto a las letras.

Merimée le dió lecciones de francés y de escritura y Stendhal de historia. De sus labios escuchó por primera vez las leyendas napoleónicas. Los dos maestros premiaban su aplicación llevándola a menudo a la pastelería.

Más tarde ingresaron las dos hermanas en el convento del Sagrado Corazón, de la calle de Varennes, bajo el nombre de señoritas de Palafox, y allí estuvieron hasta que volvieron a España con motivo de la muerte de su padre.

La condesa había heredado una fortuna que le producía unos veinte mil duros de renta anuales, con palacio en Madrid y varias quintas de recreo; así es que podía dar rienda suelta a sus gustos, que tan difícilmente pudo satisfacer en vida de su marido. Metióse algo en política, y tuvo por tertuliano y admirador al general Narváez, jefe del partido moderado.

La preocupación de la condesa era el casamiento de las hijas.

No faltaban pretendientes. Merimée dice en una de sus cartas a Mlle. Dacquin, con motivo de la boda de la mayor con el Duque de Alba, que la condesa de Montijo «va a París a comprar el equipo de novia de su hija,» y añade: «No conozco a su futuro yerno, pero yo he mediado en dar el golpe de gracia a otro pretendiente que era un pobre diablo, aunque cuatro o cinco veces Grande de España.»

El Duque de Alba Jacobo Estuard Fitz-James unía a su nobleza española un ducado de Inglaterra, con cuyos reyes estaba emparentado. Era una gran figura, rico, joyen; un partido que la condesa no quería dejar escapar.

El Duque no sabía por cual de las dos hermanas decidirse. Ambas eran bellísimas. Merimée las describe así:

«La mayor—dice—es morena, pálida, no tan alta como vos, muy bonita y de cara alegre. La menor es algo más alta que vos, muy rubia, maravillosamente hermosa y con aquel color de cabello que el Ticiano adoraba.»

Eugenia se creía la preferida y se había enamorado apasionadamente del Duque. Cuando su madre decidió casarlo con Francisca la joven oyó la conversación a través de la puerta entornada y su pena fue tanta y tan impenitente su carácter que tomó un veneno.

Cuando la futura Duquesa de Alba, inocente de todo, fue a contar a su hermana su ventura la encontró casi moribunda en su cama. A duras penas pudieron salvarla. De este envenenamiento le quedó un desequilibrio nervioso que se traducía en frecuentes ataques de tristeza durante toda su juventud.

Sin embargo Eugenia tuvo fuerza para ocultar su secreto a su hermana, a la que permaneció siempre unida por entrañable cariño hasta la muerte de la duquesa, y el Duque de Alba y su esposa fueron asiduos concurrentes a la corte de Francia durante el segundo imperio.

II

JUVENTUD

La condesa de Montijo se llevó a viajar a Eugenia para distraerla. La joven estaba muy triste, muy desolada, pero hacía esfuerzos para que nadie viese sus lágrimas.

En Burdeos, donde se detuvieron algún tiempo, se celebraron algunas Cácerías en las que Eugenia lució su garbo de amazona.

Una noche, en una comida de ceremonia que se daba en Cognac, Eugenia tuvo por vecino de mesa un sacerdote, hombre de mundo, muy cortésano, a pesar de su nombre plebeyo, el P. Bondinef, de quien se decía que le gustaban más los salones que las iglesias. Galante, con el bello sexo, no escatimó los madrigales aduladores a la simpática extranjera; y a fin de tener ocasión de redoblar sus lisonjas, le pidió, como un favor inefable, el permiso de leer en las líneas de su mano.

—¡Cielos!—exclamó el cura, a quien la casualidad, permitió ser profeta.
—¡Cielos! Veo en su mano una corona.

—¿De duquesa?

—No. Una corona imperial.

Los comensales que escuchaban, se sonrieron y felicitaron de broma a la futura Emperatriz. Ya antes una gitana granadina le había predicho que «sería soberana de un gran pueblo». Un día en que la joven se cayó por la escalera de su palacio por haber montado en la baanda.

Eugenia de Montijo, romántica y supersticiosa, tomó en serio la predicción del cura y de la gitana? ¡Quién sabe! Lo cierto es que se acordó del profeta al ceñir su frente con la corona pronosticada, puesto que le hizo zo llamar telegráficamente a las Tullerías para anunciarle que se le nombraba obispo de Amiens; y esto autoriza a creer que antes se había acordado también del vaticinio; cuando con tanta resolución y coquetería procuró ir al encuentro del Emperador, desechando proporciones como las de

los duques de Osuna, de Alcáñices y de Sexto; al que se decía que se sentía bastante indignada.

Al casarse la Reina Isabel II la condesa de Montijo fue nombrada Cámara Mayor y Eugenia Dama de Honor. Muchos de los príncipes que acompañaban al Duque de Montpensier, que se casó el mismo día con la hermana de la Reina, se enamoraron de Eugenia. Entre estos adoradores estaba el Duque de Anjou. También quiso casarse con ella el riquísimo banquero Aguado.

Bien pronto la condesa dimitió su cargo palatino a causa de las intrigas cortesanas, perdido el prestigio de Narváez, y decidió marcharse al extranjero con Eugenia, de quien murmuraban sus enemigas que había perdido su cargo palaciego por haberse permitido dar por la tarde un paseo con un joven oficial; estaba tan hastiada de la sociedad que quería meterse en un convento; pero su madre, a pesar de ser muy devota, apreciaba las ventajas que ofrece el mundo, y logró que su hija la acompañase.

Eugenia conocía a Luis Napoleón desde que era una niña de 10 años. Fue en este tiempo con su madre a visitar a Mme. Delessert, esposa del prefecto de policía. Era el día 12 de Noviembre de 1836, fecha en que Luis Napoleón fue llevado preso después del fracaso del complot de Estrasburgo. Allí permaneció dos horas antes de ser conducido a Lorient para embarcarlo para América. La niña pudo verlo entre gendarmes, como un héroe desgraciado, y eso influyó grandemente en su ánimo.

En este viaje, con su madre, volvió a encontrarse con Luis Napoleón, después de la fuga de éste de Ham. En aquel tiempo Napoleón preso de sus ambiciones no pensaba en el amor, pero se impresionó mucho por Eugenia.

Se dice que vino a Madrid y asistió a las tertulias que tenían lugar en el palacio de Montijo, en Carabanchel, donde pasaba los veranos la condesa, y los inviernos en su casa de la Plaza del Angel, donde luego ha estado el Cuartel Militar y ahora construyen un gran almacén.

La condesa de Montijo, dama de sociedad, reunía en torno suyo toda la gente aristocrática de la primera mitad del siglo XIX. En ocasiones la juventud tomaba la casa por asalto y se improvisaban bailes y fiestas. Hasta tenían un teatro, en el que representaban Eugenia, entonces condesa de Teba, y su hermana, obras de vates aristocráticos, como el marqués de Molins, Ventura de la Vega y otros.

Hay que evocar la época para pensar cómo llegaban las bellezas; despeñadas, con los complicados trajes chafados, dando vaivenes por la polvorienta carretera de Carabanchel.

A fines de 1849 la viuda de Montijo fijó su residencia en París, cosa a la que tal vez no fuese ajena sus proyectos sobre Bonaparte.

Las amigas que la condesa frecuentaba en París eran casi todas orleanistas. Se atribuye al barón de Rothschild la presentación de la condesa en los salones del Príncipe Presidente de la República.

Napoleón estaba ligado por cadenas, que fueron floridas y que iban resultando férreas, con Miss Howard, la bella inglesa que, orgullosa de su conquista, hacía de ella imprudente ostentación poniéndolo en evidencia.

En las revistas militares cuidaba de colocarse en el sitio más visible, ayudada por esos cómplices que siempre encuentra el amor, con más abundancia cuanto más ilegítimo e inconveniente sea.

En la jornada de Saint-Cloud se hizo ocultar en una cámara próxima a la

del Emperador para que nadie lo supiera y al día siguiente, a la hora de más concurso en la plaza, se asomó al balcón. Pudo más en ella la vanidad, que el deber de guardar el secreto que había prometido.

Cada vez más ambiciosa de ostentaciones, llegó a concurrir, produciendo el asombro que engendra la audacia, a un baile de Corte en pleno real palacio.

Napoleón estaba obligado a su amante, que le había ayudado, poniendo todo su dinero a su disposición en sus días de apuros. La premió con el título de Condesa Beaugard, pero desde su casamiento tuvo en ella una enemiga irreconciliable.

Antes de favorecerle la fortuna, Luis Napoleón tuvo aspiraciones matrimoniales bastante modestas. Emigrado a Inglaterra, después del fracaso de su intontona de Boloña, enamoróse de miss Emmy Rowles, joven y encantadora inglesa que vivía con su cuñado precisamente en Chislehurst, en la misma casa de Camden-Place, donde veintiseis años después había de morir Napoleón III. Iba a celebrarse el matrimonio, cuando miss Rowles, enterada de las relaciones del pretendiente con miss Howard, rompió con él.

En 1836, Luis Napoleón había abrigado el pensamiento de casarse con su prima Matilde, la amada de Goncourt, hija del rey Jerónimo, con quien vivía en Lausana. Había mucha amistad entre la familia de ambos primos. Luis daba lecciones de matemáticas al príncipe Napoleón, hermano de Matilde, en Arenenberg. Pero el fiasco de Estrasburgo le enajenó la voluntad del rey Jerónimo, a quien disgustaban las intontonas de su sobrino, que necesariamente habían de retrasar su propia vuelta a Francia. Embarcado para América por el gobierno francés, Luis escribió durante el viaje una carta melancólica a su madre presagiando el fracaso de su proyecto de boda con su prima. En 1840, Matilde se casó con un banquero ruso, el conde Anatolio Demidoff, príncipe de San Donato del Sacro Imperio Romano. Su primo vertió lágrimas al recibir la noticia, y desistió por entonces de contraer matrimonio.

Mas tarde se hicieron tentativas para casarlo con la reina María de Portugal, con una princesa sueca hija de Gustavo Wasa, con la hermana de Isabel II y con la princesa Adelaida de Hohenlohe, sobrina de la reina Victoria. Pero Napoleón, estaba ya prendado de aquella mujer cuya belleza física se veía realzada en grado sumo por su gracia ingénita y por los atractivos de su carácter.

Según Agustín Filón, fué Eugenia la que dió el paso decisivo que trocó la admiración del príncipe-presidente en secreta resolución de unirle a sus destinos. En su entusiasmo juvenil, la señorita de Montijo, en plena preparación del golpe de Estado que había de convertir la República en Imperio, pero antes de que la suerte se hubiese pronunciado, puso a disposición de Luis Bonaparte toda su fortuna, para el caso posible de un fracaso.

Las condesas de Montijo y de Teba figuraron en el número de los convidados, y todos los homenajes que la delicadeza y el buen gusto permitían presentar a una mujer en la situación de la señorita de Montijo, Luis Napoleón los puso a los pies de la bella española. Naturalmente, la novelesca pasión del príncipe no tardó en ser la comidilla de las conversaciones entre los numerosos huéspedes de Compiègne.

Se dijo entonces y se ha repetido después, que la perspicacia y la habilidad de Eugenia de Montijo entraron por mucho en la decisión de Luis Napoleón a tomarla por esposa; que la circunspección y la reserva calculadas de la

condesa de Teba, sacando partido de apasionamiento de un corazón enamorado, triunfaron de las vacilaciones del futuro emperador.

Se dice que la ambición entró por mucho en el casamiento de Eugenia, aunque no puede prestarse crédito a la siguiente anécdota.

Cuentan que, antes de subir al trono, la joven condesa de Teba visitó en Nohan a la famosa autora del *Marqués de Villena*.

A Jorge Sand le sorprendió ver al heredero del nombre más glorioso y popular de Francia convertido en galán obsequioso y casi servil de una extranjera, y aprovechó la ocasión para reprochar, aunque suavemente, a la bella española sus desdenes con el príncipe.

—Mi obstinación en humillarlo—contestó Eugenia—no hará más que provocar sus deseos de casarse conmigo.

—¿Le amáis, pues, como coqueta?

—Le amo como ambiciosa. Yo no querré sino al hombre que me dé un trono.

—¡Cuidad! Hoy todas las cabezas que se levantan, caen.

—¿Qué importa; si hacen hablar de ellas? El príncipe me hará emperatriz o al menos presidenta de la República.

—Os exponéis a caer con vuestro esposo.

—¿Qué importa si caigo ante la Historia.

Recién llegado de su viaje triunfal por el Mediodía de Francia, a cuyo regreso París le había saludado abiertamente con el título de Napoleón III, el príncipe presidente invitó a varios de sus amigos más íntimos a pasar cuatro días con él en el antiguo sitio real de Fontainebleau. Entre los invitados figuraban sus primos Napoleón y Matilde; lord Cowley, embajador de Inglaterra; algunos de los miembros más importantes del gobierno y del ejército; la condesa de Montijo y su hija. En una cacería por el bosque, Eugenia tuvo ocasión de mostrar su elegancia y su destreza en montar a caballo. Luis Napoleón era un jinete consumado y le gustaba ver montar bien. Entusiasmado por la maestría de la simpática amazona, le regaló al día siguiente, víspera de San Eugenio, el caballo que había montado en la cacería y un ramo de flores.

Los datos oficiales del escrutinio se publicaron el 1.º de diciembre. La hábil campaña, dirigida principalmente por Persigny, daba por resultado más de siete millones de votos en favor del Imperio, contra doscientos cincuenta mil; y el día 2 de diciembre, primer aniversario del golpe de Estado, Napoleón III empezó a reinar en Francia.

Entre los privilegiados espectadores invitados a presenciar desde las ventanas de las Tullerías la primera revista pasada a las tropas por el nuevo emperador el 2 de diciembre de 1852, figuraron Eugenia y su madre, que también fueron invitados al Castillo de Compeigne.

No parece cierto que Napoleón tuviese idea de hacerse amante de Eugenia y que ésta le contestase.

—Si para esposa vuestra soy poco, para amante soy demasiado.

Esto no rima con el carácter orgulloso de Eugenia que no se creía inferior a Napoleón.

También se cuenta que en una fiesta, en que es costumbre francesa besar a las jóvenes que pasan bajo un arco de follaje al dar las doce de la noche, Napoleón quiso besarla y Eugenia dijo:

—Señor, las damas españolas no besan más que a sus padres y a sus maridos y vos no sois ni lo uno ni lo otro.

Cuéntase también que Napoleón le preguntó:

—¿Qué camino hay que seguir para llegar a su corazón?

Y ella repuso:

—El de la iglesia, señor.

M. de Maupás, ministro de Policía de Napoleón y uno de los factores del golpe de Estado, refiere que dando por el parque de Compiègne un paseo matinal con el emperador, la joven condesa de Teba se detuvo a contemplar una hoja de trébol caprichosamente delineada y cubierta de rocío, que parecía una hoja de esmeraldas cubierta de brillantes. Terminado el paseo, Napoleón llamó aparte al conde de Bacciocchi, el cual minutos después, partió para París, y volvió al día siguiente con una hermosa joya, compuesta de esmeraldas que formaban una hoja de trébol y de brillantes que figuraban gotas de rocío.

Por la tarde se organizó una lotería, en la cual se hizo la trampa de que aquel magnífico dije tocase en suerte a la que había admirado el día antes la hoja cubierta de rocío, que el joyero había imitado de artística manera y que Eugenia llevó constantemente de allí en adelante hasta que su hijo fué a África. Después de su muerte lo regaló a la duquesa de Maocchy, Ana Murat, su única verdadera amiga, diciéndole:

—Lo consideré, durante muchos años, como un talismán venturoso. Es mi más preciada reliquia. No quiero que quede abandonada. Ponéosla cada noche en memoria nuestra y que sea para vos como una prenda de ventura y de tierna amistad.

Madame Bertrand-Thayer cuenta que en diciembre de 1852 el Emperador elevado hacía unos días al supremo poder de la Nación, ofreció una comida en las Tullerías a algunos de sus íntimos. Entre los comensales se hallaban la condesa de Montijo y su hija Eugenia. Va a empezar a servirse la comida; los comensales ocupan ya sus asientos, y al desdoblar las servilletas, cada señora invitada encuentra en su plato un recuerdo del Emperador. Madame María Thayer, encuentra un medallón; madame de Bassano, una sortija; madame Amedee Thayer, una cruz de rubíes... Sólo la señorita de Montijo, no halla nada debajo de la servilleta. No se hace un solo comentario; pero las interrogaciones se asoman a todos los ojos.

Acaba la comida. El Emperador lleva a los comensales hasta su despacho para enseñarles los famosos borradores, en los que apunta cada idea que le parece digna de meditación. Sobre una mesita hay una minúscula corona imperial entretegida con violetas.

De repente el Emperador coge la corona, y, como madame Thayer, a quien la señorita de Montijo prende del brazo, avanza para admirarla, Napoleón, dando unos pasos hacia ellas, la alza sobre la rubia y admirable cabeza de la española y hace el gesto de colocársela, Eugenia Montijo se separa, toda encendida, de su acompañante, y trémula, azorada, arrodíllase casi, en una profunda reverencia.

—¡Oh, señor, es demasiado grande para mí!—exclama apenas.

Las damas no ocultaban su odio y sus críticas, que estremaron hasta el punto de que Eugenia fué con los ojos llenos de lágrimas a quejarse a Napoleón y pedirle permiso para retirarse de su corte.

El Emperador le dijo:

—Me dais vuestra palabra de honor de que no habeis tenido nunca compromiso serio con ningún hombre.

—Mentiría, señor, si os dijera que mi corazón no ha hablado, y más de una vez, pero yo no he dejado jamás de ser la señorita de Montijo.

Esta contestación concuerda con lo que dicen Los Goncourt; en sus memorias: que como los intermediarios actuaron de terceros y la preguntaron si había tenido otros novios; contestó Eugenia que sí, pero que «en España los novios solo se miran interminablemente.»

Al oír su respuesta Napoleón, dijo gravemente:

—Seréis Emperatriz.

Después con la sonrisa en los labios cortó algunas ramas de follaje, formó con ellas una corona y la puso sobre la cabeza de la joven, diciendo en voz alta, para que todos lo oyesen.

—Mientras llega la otra.

Sin embargo muchos se negaban a creer que aquel idilio acabaría en matrimonio. La alta sociedad española discutía apasionadamente, en París se hacían gestiones para que Napoleón desistiese. Su prima Matilde llegó a pedirselo de rodillas y los hombres políticos trataban de disuadirlo, con la razón de Estado.

Napoleón escuchaba todas las objeciones que se le hacían como siempre con los ojos entornados y el rostro impassible, y no contestaba más que estas palabras: «Estoy resuelto a casarme con la señorita de Montijo y me cesaré con ella.»

Solo flaqueó una vez por caballerosidad, al ver comprometido su porvenir. —Estamos en visperas de grandes acontecimientos. No quiero arrastraros en los azares que voy a correr—le dijo—Volveos a España. Tan pronto como se haya decidido mi suerte, nos uniremos. La fortuna me sorreirá si ha de conducirme a vuestro encuentro.

—Suceda lo que sucediere—contestó la señorita de Montijo,—seré vuestra esposa. Si los acontecimientos os son adversos, vendréis a encontrarme en mi país, donde tendremos una situación independiente. Quizá seamos más felices allí que en un trono.

Cuando la condesa de Montijo supo que su hija iba decididamente a ser Emperatriz, no supo substraerse a una sensación penosa, a una especie de compasión y de inquietud materna por aquella ante quien todos iban a mostrarse respetuosos y solícitos, pero que apenas en los albores de su vida de esposa y de soberana, provocaba ya tantos odios y tantos celos.

Cuando la elección de esposa del emperador fué oficial, la condesa escribió al marqués una carta en que rebosaba su corazón de madre, alegre y triste a la vez.

«No sé—decía—si debo alegrarme o si debo llorar. ¡Muchas madres que seguramente me envidian, no comprenderían las lágrimas que inundan mis ojos! Eugenia va a ser reina, en vuestro país de Francia, y, a pesar mío, pienso que, en vuestra nación, las reinas no son muy felices. A pesar mío, el recuerdo de María Antonieta me persigue, y yo me preguntó, con espanto, si mi hija correrá la misma suerte.»

Eugenia no parecía preocuparse de las enemistades que había suscitado. Hacía compartir toda su alegría con sus amigas, y particularmente con las señoritas de Larroche-Lambert, hijas del marqués, que fueron más tarde damas de palacio, y a las que había jurado una eterna amistad.

Ella, fué personalmente a casa de sus amigas, que tenían su hotel en la calle del Bac, para anunciarles que iba a ser emperatriz.

El ministro de Sajonia, que jugaba un *whist* con el marqués de Larroche-Lambert, vió llegar a Eugenia en el momento que ésta cruzaba el patio del hotel, y como, desde la vispera, se hallaba al corriente de los acontecimientos, se volvió hacia las hijas del marqués y les dijo:

—Reid hoy todavía con vuestra amiga, señoritas, porque mañana tendréis que estar graves y respetuosas en su presencia.

Y, al verlas asombradas, el diplomático añadió:

—La señorita de Montijo se casa con el emperador; pero fingid ignorar la gran noticia y dejadle la satisfacción de anunciároslo.

La escena que entonces se desarrolló entre las tres jóvenes fué de cariñosa efusión. Eugenia renovó su juramento de sostener a sus amigas en las alturas, y lo cumplió fielmente hasta el fin.

Napoleón notificó su matrimonio a ambas Cámaras y al Consejo de Estado, reunió los en el Salón del Trono.

He aquí un párrafo textual de su discurso:

»La que es objeto de mi preferencia —decía Napoleón— es de elevada alcurnia. Francesa de corazón, por la educación y por el recuerdo de la sangre que su padre vertió por la causa del imperio, tiene, como española, la ventaja de no tener familia en Francia a la que tengan que darse honores y dignidades. Dotada de todas las cualidades del alma, será el ornamento del trono, como en los días de peligro sería uno de sus valerosos apoyos, Católica y piadosa, dirigirá al cielo las mismas plegarias que yo para la felicidad de Francia; graciosa y buena, hará revivir en la misma posición, firmemente lo espero, las virtudes de la emperatriz Josefina. Quiero, pues, señores, decir a la Francia: He preferido una mujer que amo y respeto, a una mujer desconocida cuya alicia hubiese tenido ventajas mezcladas con sacrificios. En breve, yendo a Nuestra señora de París, presentaré la emperatriz al pueblo y al ejército; la confianza que en mí tienen asegura sus simpatías a la que he elegido; y vosotros, señores, al aprender a conocerla, os convenceréis de que esta vez también he sido inspirado por la Providencia.»

Realmente Eugenia, que descendía de la primera nobleza de España y de Inglaterra era más noble que Napoleón. «Si bien se mira no fué— como dice Gómez de la Serna una gran proporción Napoleón era como un Napoleón «sevillano» de cuño dudoso. Además Napoleón III parecía desde el principio una especie de viudo que se vuelve a casar y que aunque no la llevase mucha edad parecía que la llevaba muchos años.

Napoleón la ofrecía el arrivismo a un trono y el que compartiese una casa muy grande con un señor respetable, un señor que parecía que siempre había de estar rizándose sus bigotes, mirando con un ojo una guía y después la otra con el otro. Napoleón parecía ser el Emperador que siempre está en zapatillas dentro de casa y que se pasa también el día pegando sellos y fotografías en sus Albums.

¡Qué tontería! Cambió la albahaca de las verbenas por el trebol, de esmeraldas y brillantes.

«La hija de la calle de Gravina, de Granada, era esa andaluza por la que viene un Marajá o un rey para hacerla su esposa y llevársela a reinar en el mundo. Ya parece que ese recato y ese silencio en que viven las más bellas andaluzas en sus ciudades de luz en cuyos balcones debían estar, asomadas

como macetas, depende de que todas guardan ese recato por sí llega a por ellas el rey, el emperador o el Marajá.»

III

EL MATRIMONIO

La condesa de Montijo y su hija se trasladaron al Eliseo y Eugenia no volvió o presentarse en público, con gran decepción de los curiosos.

Napoleón iba a visitarla diariamente y le llevaba un ramo de flores. Eran innumerables las personas que iban a felicitarla y dejarle tarjeta, pero también lo e. an las descontentas que emprendieron contra ella una terrible campaña difamatoria por medio de libelos y anónimos. La campaña continuó aun después de su casamiento.

El gobierno hacía esfuerzos por hacerla simpática; se publicaban sus títulos de nobleza; se le hacía amistarse con las orleanistas ofreciéndoles su protección y con las religiosas haciendo que se enteraran de que Eugenia había visitado su antiguo colegio del Sagrado Corazón. El pueblo estaba bien impresionado porque habiendo caído un albañil de un andamio, al pasar ella, dejó su coche para acudir a socorrerlo. Se hablaba de una amnistía con motivo del casamiento.

Dos días antes del anuncio oficial de éste Eugenia le había escrito esta carta a Isabel II:

«Vuestra Majestad me permitirá aludir a lo que mi madre tiene el honor de explicarle más detalladamente, y concretarme, en una ocasión que me abruma con tanto honor, a un tributo leal de mis emociones. Elevada como me veo por los designios de la Providencia Divina, los cuales acepto sin conocerlos, todas mis inclinaciones concuerdan con mis deberes, urgiéndome renovar aquí la profesión sincera de aquellos sentimientos de respeto, lealtad y amor hacia vuestra augusta persona, en los cuales por mi dicha fui educada. Estoy segura de que Vuestra Majestad, bien persuadida de lo que acabo de escribir, se dignará considerar como cosa afortunada el acontecimiento que me eleva a un trono. Sobre todo, tengo la certeza de que Vuestra Majestad, satisfecha de mis sentimientos personales, estará convencida de que, en la elevada y peligrosa posición que ocuparé, no tendré otro pensamiento que el de hacer cuanto pueda para estrechar los lazos que unen a dos grandes naciones y a dos grandes monarcas, a cuyo servicio me prestaré siempre por amor y por deber.»

He aquí la respuesta de la Reina.

«Puede usted contar con mi amplio consentimiento para una unión tan gloriosa para usted, y estar segura de los votos que hago por su felicidad y la del Emperador, deseando que, guiados ambos por la mano del Todopoderoso, puedan conducir una gran nación al apogeo de la prosperidad y el bienestar. En el camino, difícil y peligroso, que en lo sucesivo debe seguir, acepte como guía, con toda confianza, al Ser Supremo, y el deber de sacri-

ficarlo todo por el Emperador y por la Francia. Tales son los sentimientos de la Reina y los consejos de su afma.

»ISABEL.»

El trouveau de la Emperatriz fué confiado a madame Fauld, esposa del ministro de Estado. Entonces parecía exorbitante que sólo en encajes de Alençon se hubiesen gastado 40.000 francos.

El matrimonio civil se celebró el 29 de Enero y el día 30 el religioso. En el acta que ahora firmaron los imperiales esposos, él fué inscrito sencillamente como emperador Napoleón III, mientras que ella lo fué con la amputosidad que sigue: «Su Excelencia María Eugenia Guzmán y Palafox Fernández de Córdoba Leiva y La Cerda, condesa de Teba, de Baños, de Mora, de Santa Cruz y de la Sierra, marquesa de Moya de Ardalles y de Osera, vizcondesa de la Calzada, etc., Grande de España de primera clase.» Después de Napoleón y Eugenia, firmaron como testigos del Emperador los miembros de la familia imperial, los cardenales, los mariscales de Francia y los presidentes del Senado, del Cuerpo Legislativo y del Consejo de Estado, y como testigos de la novia, su madre, su tío el general Alvarez de Toledo, el conde Calvez, hermauo del duque de Berwick y de Alba, el duque de Osuna, el marqués de Bedmar y el embajador de España marqués de Valdegamas.

Eugenia se retiró un momento para cambiar su vestido de raso blanco por otro color de rosa, cubierto de encajes, y ponerse una diadema de oro y brillantes. En seguida pasó al salón de fiestas, donde se hallaban reunidos más de quinientos convidados, que tuvieron el privilegio de asistir al estreno de una cantata compuesta para la boda imperial por el gran Auber. A las once y media terminó la fiesta, y la novia fué acompañada otra vez al Elíseo, donde pasó con su madre su última noche de soltera.

El día 30 de enero era el señalado para el casamiento religioso.

Poco antes de las doce, Eugenia salió del Elíseo para ir a las Tullerías. Después de haberla saludado el Emperador la condujo al balcón para presentarla al público, que la saludó entusiasmado.

El cortejo que se dirigió a Notre Dame era espléndido. Ocho caballos tiraban de la carroza de los novios, que era la misma que condujo a Napoleón I y Josefina en 1804 y que sirvió más tarde para el mismo Emperador con María Luisa en 1810.

El que la corona imperial que remataba la carroza de honor se cayese al pasar debajo del Arco del Triunfo fué tenido como un mal presagio. Todos los edificios del tránsito estaban engalanados. La Catedral había sido decorada por Violet-Le-Duc e iluminada con 15.000 cirios. Napoleón vestía uniforme de general con botas de montar, y llevaba el collar de la Legión de Honor que había pertenecido a Napoleón I, el Toisón de Oro, las insignias de otras órdenes y varias medallas.

La emperatriz, muy pálida y nerviosa, llevaba un vestido de larga cola de raso blanco aterciopelado, un collar de perlas, y sobre un velo de encaje de Alençon, una diadema de brillantes.

En el recinto reservado al elemento oficial lucían flamantes uniformes, excesivamente galoneados, generales, ministros, miembros de los grandes cuerpos del Estado, funcionarios públicos, todos graves, solemnes, aunque más curiosos que emocionados.

La ceremonia duró una hora. El emperador había gestionado a fin de que

el papa fuese a París a celebrar el casamiento, pero no pudo ofrecerle bastantes concesiones para que repitiese la visita de Pio VII a Nuestra Señora. No habiendo sido esto posible, casó a los soberanos el arzobispo de París, monseñor Sibour, rodeado de cardenales y de obispos. Hasta el momento de bendecir las monedas de oro y el anillo nupcial, los novios permanecieron en el trono que se les había preparado en la nave central del templo, pero en tal punto avanzaron hasta el altar y se arrodillaron bajo una faja de brocado sostenida sobre sus cabezas.

La atención general se fijaba sobre todo en la nueva emperatriz. La mayor parte de los espectadores se limitaban a admirar su hermosura, verdaderamente maravillosa y realzada por espléndidos atavíos; no faltaba quien le tuviera envidia, y no eran pocos los que, como asustados de tan alta y deslumbradora fortuna, se preguntaban si el destino no le reservaría vicisitudes proporcionadas a sus favores.

En los balcones de los hoteles de los barrios ricos se apiñaba una multitud de extranjeros, y sobre todo de españoles, que habían acudido a presenciar el triunfo de su compatriota. Una mujer había observado, la víspera, en la ceremonia del matrimonio civil, un magnífico collar de perlas que adornaba a la joven soberana; recordaba, con triste presentimiento, la vieja conseja de la superstición española: «Las perlas que las mujeres llevan el día de su boda son símbolo de las lágrimas que han de verter.»

En esta ocasión no se desmintió la superstición. Eugenia vendió este collar después de la guerra franco-prusiana, con sus otras alhajas, que le valieron un millón doscientos mil francos. Por cierto que estuvo expuesta a verse envuelta en un asunto desagradable, porque a propósito de este collar se escribieron cartas, falsificando su firma, al rey Luis de Portugal, en la época de desgracia de Eugenia.

Los augustos esposos entraron luego en Palacio, pero reaparecieron en el balcón del pabellón del Reloj para presenciar el desfile de las comisiones con sus estandartes. Después marcharon a Saint-Cloud en compañía de sus amigos más íntimos, de sus parientes más próximos y de los oficiales necesarios.

El pequeño castillo de Villeneuve-l'Étang, que aún existía entonces en aquel real sitio, había sido dispuesto para recibir a los soberanos, que pasaron allí los primeros días de su luna de miel.

Mientras tanto, los trajes, las joyas, los encajes de la desposada, eran tema de conversación entre los parisienses, y todo el mundo comentaba favorablemente una idea feliz que, en medio de todas aquellas frivolidades, había tenido días antes la futura emperatriz y que le había valido, más que todas las habilidades del gobierno para hacerla popular, las simpatías de las masas. El consejo municipal de París había votado la consignación de 600.000 francos para la compra de un aderezo de diamantes, y Eugenia rehusó el regalo en términos de una conmovedora sencillez. «Experimento—escribió la futura soberana—un sentimiento de pena al pensar que el primer acto público relacionado con mi nombre en el momento de mi matrimonio es un gasto considerable para la ciudad de París... Me daréis más contento empleando en actos de caridad la suma que habéis fijado. Deseo que mi matrimonio no ocasione ninguna nueva carga para el país a que de hoy más pertenezco: lo único que ambiciono es compartir con el emperador el amor y la estimación del pueblo francés.» El Consejo municipal obedeció a tan no-

ble deseo. Con el dinero destinado a comprar el aderezo, tan dignamente rehusado, acordó fundar un asilo para la educación profesional de muchachas pobres, dando el nombre de la emperatriz Eugenia al establecimiento en que el número de plazas se fijó en sesenta.

Al día siguiente de su matrimonio, el 31 de enero, al suave calor de un resplandeciente sol de invierno, el emperador y la emperatriz, solos en un faetón guiado por el monarca mismo, atravesaron los hermosos bosques de la Celle-Saint-Cloud y de Ville-d'Avray, para ir a Versailles.

La emperatriz había manifestado deseos de visitar el Trianón, y se hizo explicar sobre el terreno la vida de la reina María Antonieta en la época de la égloga y del idilio.

Por una especie de afinidad misteriosa, la emperatriz ha conservado siempre un culto piadoso a la memoria de la reina mártir.

De orden suya fueron reunidos en el Trianón los objetos que habían pertenecido a María Antonieta, y a ella se debe la creación del museo de recuerdos que aún existe.

Tuvo tanta veneración por todo lo que relacionaba con María Antonieta, que guardaba un retrato que le habían enviado de Austria, una miniatura de cuerpo entero representando a la Delfina antes de su matrimonio, a la edad de unos catorce años. A pesar de ser todavía una niña, ya dejaba vislumbrar la belleza y la gracia de la futura reina. Tenía el brazo levantado y señalaba con el dedo su cuello elegante, rodeado conforme a la moda de la época, de una estrecha cinta roja que semejaba un trazo de sangre.

De esta época es la siguiente anédocta:

Apenas casada, dirigió, visitando un hospital, piadosas palabras a un moribundo, a las que el enfermo, turbados los ojos, contestó:

—Gracias, madre.

—No soy yo, interrumpió la monja; es la Emperatriz quien te habla.

—No deshaga el error, hermana—dijo la Emperatriz—es el más dulce nombre que puede darme.

IV

EN LAS TULLERIAS

La Emperatriz tuvo una lucida servidumbre. La Princesa de Essibug, nueva de Massena fué nombrada dama mayor de palacio. La duquesa de Basano, esposa del gran Chambelan recibió el título de dama de honor y se escogieron seis damas de Palacio, entre las personas que ya eran amigas particulares de la emperatriz antes de su matrimonio. Las damas de Palacio eran la vizcondesa de Aguado, las condesas de Montebello y de Lezay Marnesia, las baronesas de Malaret y de Pierres y la marquesa de Latour-Maubourg. El número de damas aumentó luego hasta doce.

El pintor de cámara Winterhalter representó a la emperatriz, rodeada de sus damas de honor, en un cuadro de grandes dimensiones que adornaba el salón hincisco en el palacio de Fontainebleau. Las figuras, de tamaño natural, eran de un gran parecido, al decir de los cronistas contemporáneos.

Las damas de Palacio prestaban servicio de dos en dos. Ninguna de ellas habitaba las Tullerías. Durante la semana de servicio cada mañana una gran berlina de Palacio iba a buscarlas. El cochero encargado de aquel servicio se llamaba Pinson y desempeñaba sus funciones con una gravedad inflexible. Una vez sus dos damas en el coche, emprendía un trote cierto y solemne, y cualquiera que fuese la hora o la circunstancia las dos señoras no podían obtener nunca una marcha más rápida.

El emperador, revistando un día las caballerizas, notó su cuerpo rollizo y su plácido rostro.

—¿En qué servicio estáis empleado?—le preguntó el monarca.

—Pinson, cochero de las damas, señor—contestó el auriga en un tono compungido, que divirtió mucho al emperador.

No fué ingrata la emperatriz con sus amigos. Hizo Senador a Merimée, que no quiso tener ningún otro cargo. Este le valía treinta mil francos anuales. Cuando Napoleón se lo comunicó a su esposa, se arrojó a su cuello, besándole entusiasmada. A veces no sabía disimular sus impresiones y Napoleón la disculpaba diciendo:

—La emperatriz tiene el genio vivo, pero en el fondo es muy buena. Tampoco olvidó a Eugenio Stendhal, guardo siempre una batalla de Austerlitz que él le había regalado y cuando en 1860 volvía Eugenia, ya emperatriz, de un viaje a Saboya vió en el museo de la biblioteca de Grenoble, un retrato de Beyle. «¿No es éste—dijo—el Sr. Beyle? Lo he conocido cuando era niña; me hacía saltar sobre sus rodillas.» No olvidaba la Emperatriz que Stendhal la había tratado como a una persona mayor. Ella le escribía cartas breves y siempre sin fecha, a las que Beyle contestaba con epístolas, que, según él se expresaba, tenían los defectos contrarios.

En los años que duró su matrimonio, la Emperatriz celebró en Compiègne frecuentes fiestas y a ellas asistían en lugar preferente los compatriotas de su mayor amistad tales como los Alba, Osuna, Medinaceli, Rivas, Serrano, Donoso Cortés, Valera y tantos otros; muchos de ellos hispanófilos de renombre, como Merimée, el autor de *Carmen*, novela inspirada por la propia Emperatriz, y el Marqués de Hertford, gran apasionado del arte español, que disputó a Francia y a Rusia, en la venta de los cuadros del Mariscal Soult, la Purísima de Murillo que está en el Louvre; hombre tan distraído con las damas que olvidó casarse con alguna de ellas y padre de un mancebo celeberrimo en el mundo del arte, el coleccionista Wallace.

Napoleón también fué consecuente con sus amigos entre los cuales se contaba el griego Callergis.

El joven Callergis, bello como una estatua griega, fué recibido en seguida en la corte y no tardó en verse nombrado oficial y agregado al servicio del mismo emperador.

En esta calidad tuvo ocasión de tratar más de cerca a la emperatriz, que en aquel entonces se hallaba en el apogeo de su belleza. El joven se sintió presa de una pasión insensata por la soberana, tanto, que una noche, asistiendo a un baile en las Tullerías, no pudo reprimir sus celos al verla bailar con el príncipe Murat, y, fuera de sí, se atrevió a dirigirle frases de pasión y de desprecio. El emperador dispuso inmediatamente el traslado del joven oficial a una guarnición lejana, pero Callergis pidió su retiro y volvió a Grecia.

Entró por poco tiempo en el ejército de su país; luego se retiró en n

casa de campo, donde pasó el resto de su vida como un misántropo, dedicado únicamente a los recuerdos de sus pasados amores.

Sin embargo después de destronada Eugenia, pudo volver a verla y se negó a ello. Quizás quería conservar siempre su imagen triunfadora.

Se cuenta también la siguiente anécdota, referente a otra trágica pasión inspirada por Eugenia.

Seis días después de la boda de Napoleón III con Eugenia Montijo, se daba en las Tullerías un baile de gala que formaba parte del programa de las fiestas. Mientras Napoleón conversaba con los embajadores, Eugenia recibía las adulaciones obligadas de las damas. Al levantarse para ir en busca de su marido, se le acercó el conde Camerata, de la familia Napoleón, hijo del ex rey Jerónimo y de la Princesa Napoleón Elisa. Era un joven un tanto inquieto, simpático y muy liberal, representante del elemento avanzado en el Consejo de Estado. Se comentaban ya mucho sus amores con una actriz Elisa Letesstier, conocida por el nombre de guerra Mille. Marta. Con ella había querido casarse el conde pero hallóse con la más terminante oposición de sus padres y del Emperador.

Este conde, pues, en presencia de Eugenia le habló breve y calurosamente; hacía una declaración de amor que la española le inspiraba desde que la conoció al venir a París para casarse. Dicen que dió la emperatriz muestras de extrañeza y reproche; ello fué que Napoleón había notado algo de la escena. Bien que la posición del conde Camerata le autorizase para hablar con los miembros de la imperial familia.

Eugenia se apresuró a decir algo al Emperador, viendo que todas las miradas se fijaban en ella. Napoleón hizo un gesto, en él muy característico y de pésima significación; gesto equivalente a una orden para todo subordinado suyo.

Momentos después, Napoleón hablaba brevemente con un satélite suyo de la corte; éste se acercó al conde Camerata y le indicó que le siguiera.— En los pasillos del palacio un policía que *casualmente* hallaron le intimó la orden de seguirle no sin encontrar resistencia en el conde que al fin se dejó conducir al cuarto del funcionario. Donde este mismo se constituyó en guardian suyo.

Al día siguiente se encontró al conde en su propia casa muerto de un pistolazo. Y sobre este hecho empezaron los comentarios.

1.^a Versión. El conde había muerto de un acceso de fiebre. Pero se supo enseguida la falsedad de esta noticia *oficial*.

2.^a Si el conde había muerto de un tiro; un suicidio por verse abrumado de deudas que sus padres se habían negado a solventar. Pero nadie conocía a los supuestos acreedores del conde. Heredero de una gran fortuna, cualquiera le habría hecho un préstamo, con que saldar sus apuros.

3.^a Todo habría sido una contrariedad amorosa, la negativa de sus padres y de Napoleón al enlace con la actriz. Tampoco se creyó esta invención.

Al fin se hizo el silencio, quedando el suceso en el misterio; hasta que en 1908, un periodista francés, Paul Ginisty, publicó el relato de un tal GrisCELLI, corso, agente policiaco secreto del imperio y que escribió sus memorias.

Su versión es que el conde quiso escapar y su guardian, llamado Zambo lo mató, obedeciendo a la consigna y luego secretamente hizo trasladar el

cadáver a la casa del muerto. Zambo desapareció enseguida de Francia. Poco después aparecía cosido apuñaladas en Londres y desfigurado su rostro con vitriolo. ¿Se había querido hacer enmudecer a un instrumento ya inútil?

Griselli salva la responsabilidad de Napoleón declarándose él asesino de Zambo. Dice que el entonces prefecto de policía, Joaquín Pietri, también corso y partidario del conde, quiso vengarle y mandó a Griselli, que fuese a Londres, y que el Emperador hubo de saberlo por boca de Griselli mismo al que ni aún reprendió.

Griselli sin duda ha mentido, él sabría por qué. Nadie ha sabido jamás que tal agente Zambo existiera. No era posible sacar de las Tullerías un cadáver y atravesar la población con él en noche de fiestas. El periodista Ginisty opina, solo opinar, que el conde ya en su casa, aterrado ante su propia imprudencia y temeroso del ridículo que le amenazaba con el castigo, además de la corte, se suicidó. Mas esta versión puramente individual y sin fundamento histórico alguno, es tanto o más endeble que las cortesanas, aunque escrita en plena república francesa. El misterio continúa impenetrable, y a través de sus sombras se adivinan muchas cosas todas lúgubres y criminales, de altísima criminalidad.

Debió tener la Emperatriz tantos enamorados como detractores y envidiosos. Debió ser muy amada. Pierre Loty nos dice en un libro reciente lo enamorado que él estuvo de Eugenia, cómo espiaba para verla pasar en su coche, cómo su imagen lo protegió contra los devaneos juveniles y nos confiesa la emoción que tuvo el día en que, ya anciana y destronada, pudo besar aquella mano, que vio siempre de lejos entre sedas y encajes.

Añade que ningún perfil de mujer era comparable al suyo.

La Emperatriz, como todas las mujeres hermosas, gustaba de que le hiciesen la corte, pero ella era muy digna, amaba a Napoleón y no era romántica, ni sensual, no ha merecido las calumnias de que la han hecho objeto, pero tenía un espíritu liberal y escandalizó a los hipócritas, con esta manifestación un tanto libre:

—Cuando tengo a mi lado jovencitas—dijo un día en las Tullerías—me preocupo mucho de guardarlas pero en cuanto a las casadas ya es otra cosa, me dejan completamente indiferente lo mismo sus virtudes que sus defectos. Eso no les interesa más que a ellas. Están ya en estado de comprender las cosas y saberse guardar; y además ¿no tienen sus maridos para defenderlas y vigilarlas?

Es indubable que la Emperatriz fué algo ligera, pero fué honrada. Su defecto era haberse educado en un medio lejano a la Corte y no saber tener la gravedad de las mujeres destinadas al trono desde la cuna.

V

EL ESPLENDOR DE UN IMPERIO

Es esta la época de esplendor del Imperio. La emperatriz estaba en la cumbre de la gloria y del poder; era más que una mujer, un ídolo, se sentía adorada ¿Podremos condenar su afán de lujo, de placer, su satisfacción en

lucir su belleza? Seguramente que no y menos los españoles, porque ella fué la que mantuvo por más tiempo, y mejor que na la el orgullo de todos españoles que se disculpan de conseguir nada si encuentran alguna frase con que alardear de todo. Así aquella contestación de nuestro poeta y embajador al extranjero que le preguntó con cierto retintín: «¿Y las españolas como se visten?»... «De emperatrices de los franceses; señor».

Su vida era una perpétua fiesta. Cada otoño pasaban un mes en Compiègne, lo cual les permitía recibir cuatro series de convidados, entre los cuales figuraban casi todas las notabilidades francesas en literatura, arte, ciencias y política, y muchos extranjeros de distinción. Se procuraba complacerles en todo lo posible.

Las cuatro series eran; la colonia española, los burgueses, los aristócratas y los «inevitables.» En la serie burguesa, abundaban las jóvenes casadas, que daban sobre todo animación a los bailes. Parte de los aristócratas de la tercera serie pertenecían a la antigua nobleza reconciliada con el Imperio, y los demás a la nobleza bonapartista o extranjera, altos funcionarios y los dignatarios del Imperio. De la semana anterior se restaban varios aristócratas para dar relieve a la cuarta serie.

Los huéspedes eran recibidos en la estación del ferrocarril por el coche imperial y conducidos a Palacio, donde, entre hileras de lacayos y pasando puertas guardadas por centinelas del cuerpo de Cent Gardes, iba cada uno acompañado a su habitación. A la condesa le disgustó algo ver un cuadro con una figura mitológica de tamaño natural «sin una sola prenda de ropa,» pero no podía quejarse de sus habitaciones.

A las siete y media se servía una comida excelente, amenizada con un concierto dado por una música de regimiento. Después de la comida se hacía lo mismo que en las Tullerías cuando no había recepción oficial. Había un piano mecánico que parecía un piano de manubrio perfeccionado y que «hacía al menos un ruido bastante bueno para hacer bailar a los que habían pasado toda la tarde a caza del infeliz ciervo.» Había un escenario donde se representaban charadas. Napoleón, para complacer a su mujer, mandó construir en Biarritz la «Villa Eugenia», a orilla del mar.

En ninguna parte se revelaba Eugenia tan expansiva como en la mesa de Biarritz, cuando únicamente tenía por comensales amigos predilectos, como Merimée y otros. Animaba la conversación hablando de las cosas más diversas con tal vivacidad de espíritu y naturalidad, que eran un estímulo para la expansión de sus convidados.

Allí vió cumplido su deseo de volver a ver a su querida sociedad española, que afluía a Biarritz cuando San Sebastián no reunía aún bastantes comodidades y alicientes para retenerla. Altos personajes, príncipes, princesas y monarcas se sucedieron en la «Villa Eugenia», que no sólo era la residencia favorita de la emperatriz, porque ésta experimentaba allí la sensación de respirar aires españoles, sino que era también el terreno preferido por el emperador para cultivar a sus anchas su política extraoficial. Durante su permanencia en Biarritz, Napoleón se abstenía en lo posible de llamar a sus ministros. Los agregados a su gabinete le traían de París, dos veces por semana, la cartera para la firma, y volvían a marchar en seguida, provistos de sus instrucciones.

En las Tullerías ya no se podían dedicar a tan gran intimidad. Almorzaban solos, pero aún en sus comidas familiares, se observaba la más rigurosa

etiqueta. El servicio era tan bueno y expeditivo, que, cualquiera que fuese el número de comensales, la comida no duraba más que tres cuartos de hora.

Después del almuerzo, el emperador pasaba al gabinete de trabajo de la emperatriz, donde fumaba cigarrillos hablando con su esposa y jugando con su hijo.

Después que el príncipe imperial había salido y que el emperador había bajado a sus habitaciones, Eugenia escribía a su madre, sin faltar un sólo día. La carta era remitida a la condesa de Montijo por conducto de la embajada española. Cumplido lo que ella consideraba como un deber filial, la emperatriz trabajaba con M. Damás-Hinard, su primer secretario. Este, su bibliotecario y su lectora, la condesa de Wágnér, llegaban a las Tullerías alrededor de la una de la tarde. M. Damás-Hinard era un viejecito delgado y risueño, casi enteramente calvo, que no abandonaba nunca su frac negro ni su corbata blanca. Llevaba debajo del brazo una voluminosa cartera llena de papeles. Era meloso en el hablar, sumamente cortés con las damas y no se acercaba a la emperatriz sin doblar el espinazo. Desempeñaba sus funciones de una manera correcta y reservada, limitándose a anunciar y presentar todas las instancias, todas las peticiones dirigidas a la soberana, que eran numerosas.

La emperatriz era muy accesible; cuando las peticiones que se le hacían eran razonables y justificadas, se apresuraba a atenderlas. Pero muchas de las que recibían eran extrañas, cuando no ridículas. En uno de sus viajes oficiales recibió una jaula con dos tórtolas de manos de una muchacha que se las ofreció con una candidez demasiado evidente para que la emperatriz rehusara el regalo. Seis meses después recibió una carta en que le pedían un empleo en Palacio. La carta decía entre otras cosas: «Yo soy, señora, la que os ofrecí en tal punto dos tórtolas que os llevásteis; puesto que os gustan las aves, podríais tomarme para guardiana de vuestras tórtolas. Las cuidaría mucho.» No es, pues, de extrañar que la emperatriz temiese sobre todo las peticiones en forma de regalo, y que los mandase devolver irremisiblemente.

Es increíble la cantidad de objetos de toda clase que Eugenia recibía como recuerdos de familia o como reliquias históricas. Había para llenar de antigüallas el guardamueble de Palacio.

Las recomendaciones influyen poco en la emperatriz si no estaban apoyadas por títulos o méritos reales.

No puede dejar de mencionarse el tipo curioso de su lectora, la condesa de Wágnér, que había sido muy guapa y no se resignaba a dejar de serlo. Se había hecho un retrato que no se le parecía, «He dicho al fotógrafo que quite y ponga lo necesario para dejarles a mis amigos un bonito recuerdo»-decía.

Esta dama acostumbraba a fingir que hablaba con la Emperatriz. «Es preciso, absolutamente preciso que yo vaya a comunicar a Su Majestad un asunto capital», decía a las damas de Palacio, y deliberadamente atravesaba la hilera de habitaciones a pasos cortos y ligeros. Deteniase a la puerta del gabinete de la emperatriz y se metía luego en el hueco de una ventana, figurándose que nadie la veía.

Un día llegó a Palacio completamente transformada. Era la época en que ortensia Schneider tenía trastornados a los parisienses representando *La ella Elena*. La condesa de Wágnér se había encasquetado una peluca a la

griega, igual a la que la célebre diva usaba en su papel. Cuando se hubo quitado el sombrero y las damas de palacio vieron sobre la cabeza de la arrugada vieja un casco de cabellos rubios, hubo una explosión de risa. La emperatriz, que salió en aquel momento de su gabinete, la vió a distancia arreglándose la nueva peluca ante un espejo y se incomodó de veras.

—Id a suplicar de mi parte a madama Wagner—ordenó a una de sus damas de honor—que se quite inmediatamente ese casco. ¡Que no vuelva yo a ver semejante cosa, capaz de poner a mi casa en ridículo!

Dicho esto, Eugenia se volvió a su gabinete, y la émula de Schneider, enterada del disgusto de su soberana, no salió de su asombro, pues había esperado producir con su peluca rubia un efecto admirable. Al día siguiente reapareció con su peluca negra de ordenanza.

La condesa de Wagner tenía gran correspondencia y empleaba en escribir a sus amigos casi todo el tiempo que pasaba en las Tullerías. Un día en que se hallaba absorta en la redacción de una carta, se le acercó de puntillas la emperatriz, la cual leyó por encima de su hombro, sin que ella pudiese advertirlo: «Este año hay gran mortalidad entre los senadores; ¡y que no pueda yo reemplazar a ninguno!»

—Id a pedirselo al emperador—le dijo Eugenia.

Y la vieja condesa fué muy seriamente a pedirselo, lo cual divirtió mucho a Napoleón.

Eugenia era sencilla en la intimidad.

La embajadora de Austria princesa de Maetterlinc, contra la que en vano la prevenía Napoleón, porque la españolísima Eugenia, era confiada y sencilla en la intimidad, la espiaba y le sugería locuras. Un día, en Fontaineblau, trató de que hubiese una fiesta y que aparecieran todas de falda corta, una amiga de la Emperatriz le censuró la proposición, diciéndole que no haría bien en aconsejar eso a Eugenia.

—¿Qué mal hay en eso?—repuso la austriaca.

—¿Le aconsejaríais a vuestra emperatriz, presentarse así en público?

—No, por cierto... pero mi emperatriz es una verdadera Emperatriz y la vuestra... la Señorita de Montijo.

La Emperatriz gastaba una gran parte de su tiempo en poner en orden sus papeles, los famosos papeles de las Tullerías, de los cuales sólo pareció una pequeña parte a la caída del Imperio. En el momento de la invasión prusiana, una vez decidido el sitio de París, la regente había cuidado de enviar dichos papeles a bordo de la escuadra, al mismo tiempo que las obras maestras del Louvre, que su previsión hubiese salvado en caso de cumplirse los designios de la Commune; que quería incendiar todos los palacios de París. Después del 4 de septiembre, los papeles fueron remitidos a la Emperatriz, que se encontraba en Inglaterra. Todos los que tenían alguna importancia se hallaban, pues, en seguridad desde hacía mucho tiempo, cuando el Gobierno de la Defensa nacional tuvo por conveniente apoderarse de ellos para publicarlos.

Nunca escribió memorias y ha desautorizado todas las que con su nombre se publiquen.

Sin embargo, se conservan cartas suyas de gran interés.

Eugenia solía sentarse en un sillón bajo, de espaldas a la luz, cerca de la chimenea de su gabinete, con los pies sobre una sillita inclinada. La resguardaba del aire, entre ella y la puerta de entrada, un biombo de seda verde.

Tenía a su izquierda, en el ángulo de la chimenea, una mesita negra con anaquel, generalmente cubierta de papeles, con carpeta y tintero de porcelana, de los usados en las oficinas, rodeado de una esponja humedecida, con las antiguas plumas de ave, ya en desuso.

La Emperatriz escribía siempre sobre sus rodillas, muy aprisa y con una letra grande y clara. Tenía a su derecha una mesita libreriaredonda, con divisiones, en que guardaba sus libros familiares.

La belleza de la Emperatriz es proverbial y, al decir de los que la conocieron, ningún retrato la reproduce en todo su esplendor.

La mayor parte de los retratos y bustos de Eugenia ofrecen una fisonomía compuesta, que desnaturaliza enteramente el parecido. Sin embargo, el busto que el conde de Niewerkerke, superintendente de Bellas Artes, hizo en el momento de la boda de la Emperatriz, fué considerado como muy parecido, aunque un poco inanimado.

Madama Carette dice en sus Memorias: «Ninguno de los retratos que quedan de la Emperatriz la recuerda de un modo satisfactorio. Su gran retrato oficial, el que la representa con el manto de Corte y una diadema de pedrerías, en medio de los atributos de la soberanía y que figuraba en todos los palacios, en todas las moradas oficiales, tiene una especie de rigidez que perjudica al parecido. Están bien sus facciones encantadoras, la nobleza de su talle y de su busto, el claro color de su cutis; pero la Emperatriz tenía sobre todo mucha viveza, y la frialdad inanimada, algo seca, que se encuentra en ese retrato, no la recuerda.

Un retrato pintado igualmente por Winterhalter y que representa a la Emperatriz vista de perfil, envuelta en un albornoz blanco, con un collar de perlas y el cabello enlazado hacia atrás con cierto descuido, es el más parecido, quizá el único que lo sea, pero no es más que un estudio.»

La belleza en Eugenia era belleza de color y de proporciones; no muy alta, menudita, pero de carne blanca y transparente como la nacar. Su mayor encanto estaba en el gesto y la sonrisa.

Gómez de la Serna la ha sintetizado en una frase diciendo que es «una belleza de líneas de miniatura de finos trazos; una mujer a la acuarela.» Añade que «asomada siempre a un palco de la Real Opera y siendo la joya del palco con colgaduras bordadas con coronas de oro vivió gran parte de su vida compartiendo el palco con la carroza, y paseando en sus parques en el caballo prodigioso sobre el que fué «la última amazona».

Fuó la Patti silenciosa y emperatriz frente a la española con el sólo esplendor de su voz.

Napoleón se sentía orgulloso de ella, decía que era «la belleza más perfecta del mundo».

En la intimidad era la verdadera mujer española celosa, impetuosa, de un modo que dominaba a Napoleón, al héroe. Un día que uno de sus parientes le decía que la asustara con alguna amenaza para dominarla Napoleón exclamó:

—¡Amenazar a Eugenia! Sería capaz de abrir la ventana y gritar «al asesino».

En otra ocasión al ver que ya en la calle y en el gran landó Napoleón la quiere llevar a ver a su madre con la que a la sazón está reñida, se quita un zapato y le tira al Sena diciéndole a su marido «¡Si quieres que me vean pasar descalza!»

¡Quién duda que Napoleón la adoraba más por ser tan femenina, tan mujer!

VI

LA EMPERATRIZ DE LA MODA

El mayor triunfo de Eugenia de Montijo no fué solo reinar en Francia, sino en el mundo, imponiendo la moda. Una mujer española tuvo el cetro de la elegancia en Francia, entre las mujeres que tienen fama de ser las más elegantes del mundo.

Eugenia sabía pintar y ella misma hacía sus modelos; ya desde su juventud se había hecho notar en España por su originalidad y gusto en el vestir:

En las Tullerías su tocador era una especie de Catedral.

Estaba rodeado de altos espejos que se reflejaban los unos en los otros. Los lavabos ocultaban una bañera, y la mesa de peinar, provista de un magnífico neceser de plata sobredorada, recuerdo de la reina Hortensia, estaba guarnecida de encajes y lazos de raso color de rosa sobre un transparente de seda azul. Allí había mesas y sillería de diversas formas, perchas para colgar los vestidos, todo el lujo y el *confort* de una mujer elegante. Un gran cesto forrado de raso blanco, que las pláticas del Mercado Central habían ofrecido lleno de flores a la Emperatriz el día de su matrimonio, servía para poner toallas y otros objetos de tocador.

Del vestuario de la Emperatriz, situado encima del tocador, se bajaban los vestidos por medio de un ascensor disimulado en un rosetón del techo. Esto evitaba idas y venidas por la escalerilla, que era la continuación de la escalera particular del Emperador y tan estrecha que los trajes sin duda hubieran sufrido deterioro si hubiese sido necesario subirlos y bajarlos por ella.

Este ascensor dió origen a una leyenda plenamente desmentida después. Dijose que la Emperatriz, muy enferma desde el nacimiento del príncipe imperial, no podía sostenerse sino merced a un aparato de acero, disimulado bajo la ropa, y que, a fin de evitarle el tener que estar de pie largo rato para vestirse, se había ideado el sistema de bajar sus trajes del techo, de modo que, colocándose ella debajo, le ponían a la vez el vestido y las numerosas enaguas que se llevaban entonces para ahuecar las faldas. Un asomo de verdad puede contribuir a propagar las leyendas más ridículas.

El cuarto dormitorio de la Emperatriz tenía un carácter diferente del resto de sus habitaciones, cuyo lujo y elegancia íntima llevaban el sello de su personalidad.

Era un verdadero cuarto de soberana; un cuarto aparatoso, inmenso, con pesadas molduras doradas y antiguas pinturas alegóricas en el techo. La cama, rodeada de ricos cortinajes y colocada sobre un estrado, parecía más bien un trono dispuesto para el desfile de un pueblo el día del nacimiento de un príncipe real, que un asilo hecho para el reposo.

Eugenia no permanecía casi nunca en su cuarto dormitorio. Allí conservaba la rosa de oro que Pío IX le había enviado con motivo del bautizo del príncipe imperial.

En un jarro de oro se veía un ramo oblongo, parecido a los que se ponen

en los altares, compuesto de flores y rosas de oro delicadamente cinceladas. Era el presente simbólico, acompañado de numerosas indulgencias, que el Padre Santo acostumbraba enviar a sus ahijados como recuerdo de su bautizo.

Anualmente, el Domingo de Ramos, la Emperatriz recibía de Roma una palma bendita por el Sumo Pontífice, palma que conservaba todo el año a la cabecera de su cama.

En 1868, Eugenia, encontrándose poco a sus anchas en su gabinete de trabajo, cuya instalación le gustaba más que el resto de sus habitaciones, trasladó el tocador al otro lado del cuarto dormitorio, y convirtió el antiguo en un bonito salón mucho más vasto que el gabinete de trabajo, adornado a la moderna y lleno de preciosidades artísticas.

Se ha escrito mucho exagerando el lujo de la Emperatriz. Dicen que no llevó dos veces el mismo vestido y que cada día tuvo un capricho nuevo.

Se puede admitir como cierto lo que Eugenia dijo al Dr. Evans, «que nunca había gastado más de 1.500 francos en un vestido ordinario, y que sólo en tres circunstancias extraordinarias de su vida, como su boda y el bautizo del príncipe imperial, había llevado trajes de más de 2.500 francos.»

Según el testimonio de madama Carette, la Emperatriz reformaba la mayor parte de su vestuario dos veces al año, dando sus trajes a su servidumbre, que los vendía a buen precio para América. De modo que, si bien cada vestido costaba relativamente poco, su gran número representaba un capital, y su renovación constante para seguir los caprichos de la moda, no siempre exentos de extravagancia, era causa de disgustos y quebrantos en muchas familias.

Se ha dicho que, desde un principio, el Emperador insistió en querer que su joven esposa vistiese con la riqueza propia de su elevada posición, y que se quejó a menudo de que la Emperatriz llevase por las mañanas, en las Tullerías, un traje demasiado sencillo, que consistía en una holgada blusa de franela encarnada y una falda de seda negra.

La emperatriz tenía constantemente a sueldo en las Tullerías una modista que trabajaba en un obrador inmediato al guardarropa y le hacía trajes que le sentaban muy bien. A cada cambio de estación, recibía a sus proveedores, que le enseñaban telas y modelos, y ella escogía el número de vestidos que pensaba necesitar; se los probaba cuando estaban a punto, y no volvía a ocuparse de ellos, a menos de alguna circunstancia imprevista.

Cada noche, la emperatriz iba escotada para comer, y, en invierno, los días de reunión íntima, se ponía de preferencia un vestido de terciopelo oscuro o de raso blanco liso, con algunas joyas, entre las cuales figuraban siempre el trébol de esmeraldas y diamantes, primer regalo del emperador.

Por razón del Estado, la soberana llevaba con alguna frecuencia gruesas telas de Lyon, para favorecer la industria de la segunda capital de Francia. Es lo que ella llamaba sus tajes políticos.

Eugenia tenía el pie andaluz, tan pequeño, que su calzado de desecho solo podía servir para niñas, y generalmente era enviado al asilo Eugenia-Napoleón, en que la emperatriz educaba a sus expensas trescientas huérfanas pobres. Los zapatos blancos de la soberana servían para la primera comunión de sus pequeñas protegidas.

Para salir en coche, no hacía más que añadir al traje que llevaba por casa un abrigo muy elegante y un bonito sombrero, y los que la veían pasar rá-

pidamente en los magníficos carruajes de Palacio, en su daumont de cuatro caballos conducidos por dos pequeños jockeys perfectamente correctos, precedida de un postillón con la librea imperial, podían creer que iba ricamente ataviada, cuando prefería vestir de un modo cómodo y práctico.

De su viaje a Inglaterra se cuenta la siguiente anécdota:

Algunos instantes antes de volver al gran salón de recepción cerca de la reina quiso cambiar de traje como era de rigor en la etiqueta y se encontró con la caja que contenía sus toilettes no habían llegado.

El Emperador informado de este contratiempo se puso de muy mal humor. Por fortuna una de sus damas vino en su ayuda y le ofreció a la soberana una de sus toilettes—un traje azul muy sencillo.

El momento no era para dudar y Eugenia se puso el traje que le ofrecían. Las grandes damas se miraban asombradas de su sencillez. La Emperatriz iba vestida con su traje azul y no llevaba más adorno que una flor en los cabellos y el corpiño y la falda. Así se presentó delante de la reina de Inglaterra, pero tenía su deslumbrante belleza a la que semejante toilette imprimía un relieve más vigoroso en el humilde marco que la envolvía y causó una verdadera admiración.

Las joyas personales de la emperatriz formaban una riquísima colección. Entre ellas había unos magníficos pendientes, compuestos de tres gruesos diamantes en forma de peras, procedentes de la reina María Antonieta. El Emperador los había adquirido en el momento de su matrimonio, como también un collar de perlas incomparables, otros collares de brillantes y varias diademas. Otras perlas grandes y hermosas que Eugenia solía llevar por las noches y muchos otros aderezos procedían de su familia.

Desde enero hasta la cuaresma, había cuatro grandes bailes oficiales, para los cuales se lanzaban cuatro o cinco mil invitaciones.

Las presentaciones se verificaban generalmente las noches de gran baile. Una vez terminadas, los emperadores, precedidos de los chambelanes y seguidos de los príncipes y princesas, del cuerpo diplomático, de los grandes dignatarios y de toda la corte, hacían su entrada en el salón de Mariscales, donde un ujier anunciaba en alta voz al Emperador.

A las once, Sus Majestades, precedidas de los chambelanes, que les abrían paso por entre una muchedumbre compacta, pasaban a la galería de la Paz, donde había otra orquesta y donde también se bailaba. Allí permanecían un momento; daban la vuelta a la galería, que tenía al menos cuarenta metros de largo, y después de haber saludado a sus convidados, volvían al salón de Mariscales, desde el cual pasaban a los demás salones y finalmente a la galería de Diana, donde se hallaba preparado un magnífico ambigü, espléndidamente provisto de todo lo necesario para la cena.

Eugenia se retiraba de aquellas fiestas muy cansada. Con frecuencia ni aun se tomaba el tiempo de llamar a sus camareras, y antes de pasar al tocador, se quitaba ella misma la diadema y las alhajas, cuyo peso la fatigaba, y las ponía en la falda de madama Carette, que ésta le presentaba al efecto. La joven dama de honor temblaba a la idea de que podía extraviar algo al transportar así aquellas joyas, algunas de las cuales representaban una fortuna.

La emperatriz había hecho montar parte de los diamantes de la corona en joyas para su uso. Muchos de ellos tenían su historia. Un diamante amarillo, más grande que una avellana, montado en una peineta con otras pie-

dras más blancas, se lo había tragado un insurrecto en 1848, durante el saqueo de las Tullerías. Las facetas cortantes de la piedra preciosa produjeron desórdenes internos, y el infeliz murió en medio de dolores atroces, confesando su hurto. Al hacerle la autopsia, se le encontró el diamante. Era uno de los mayores.

Entre las modas que lanzó la emperatriz, se cuentan los chalecos, las corbatas y los cuellos y puños de hombre que usaba para montar a caballo.

Inmediatamente después de su subida al trono y, sin duda, para acentuar la majestad de su persona aún en el andar, usó Eugenia trajes de cola. No obstante lo poco práctica que forzosamente esta innovación tenía que ser para la mayoría de las personas, todo el mundo se creyó en el deber de copiarla y el traje de cola fué de rigor, no sólo en los salones sino también en la calle.

Después de la guerra de Crimea se introdujeron en Francia los chales turcos; el hecho de que Eugenia los usara fué motivo para que la industria francesa los imitase y así llegaron a ser de moda; y esto, de un modo tan general, que la mujer más modesta como la más elegante y altamente colocada, debía poseer un chal turco.

Es evidente que no todas las innovaciones de Eugenia fueron tan poco prácticas como el miriñaque. Un objeto de notoria utilidad hasta el día de hoy es el «en tout cas» que, como lo indica su nombre, sirve en todos los casos, ora como paraguas, ora como sombrilla, y evita así a bolsillos modestos un doble gasto.

Otro tanto puede decirse de las enaguas de color que también Eugenia puso en moda; fueron éstas un reemplazo útil de las enaguas blancas almidonadas que hasta entonces se habían usado exclusivamente.

También merecen mencionarse las redes de cabello llamadas «invisibles» que preservaban el cabello y no se distinguían de éste por ser generalmente confeccionadas del mismo. Ponfase frecuentemente, en aquella época, en obra la delicada idea de obsequiar a las amigas con invisibles del propio cabello cuando el color de este concordaba con el de la persona que debía obsequiarse.

Los abullonados y fruncidos cuentan entre los adornos ideados por la emperatriz y que aún usamos en nuestros vestidos.

La flor predilecta de Eugenia fué la violeta. Durante el imperio esta delicada flor se veía en todas partes. Su color era el de moda, y su extracto el perfume predilecto de la mujer elegante.

Un primo de la emperatriz—Fernando de Lesseps—fué el creador del Canal de Suez, y Eugenia la primera que lo cruzara el día en que, con grandes festivales, se celebró su inauguración.

En el invierno que siguió a su viaje a Suez usó Eugenia telas de un color compuesto de tintes verdosos y grises con un ligero brillo plateado dándole el nombre «Eau de Nil», un color que bajo el nombre de «verde Nilo», es aún bien conocido. Esta creación fué la última que Eugenia puso en boga durante su imperio.

Tan solo una vez más se hizo sentir su influjo en el dominio de la moda después de la pérdida de su trono; fué cuando se cortó una parte de su cabello para usarlo en forma de flequillo sobre la frente.

Pocos, sin embargo, saben que la moda del flequillo proviene de la em-

peratriz francesa y menos aún que fué llevado por ésta con motivo de la pérdida de su esposo y en señal de duelo por éste.

También con motivo de la muerte del Rey de Nápoles, se puso de moda la combinación de blanco y negro, que llevo Eugenia.

Bastaba que ésta usase un vestido color *Capuchina* o color *Lucifer*, para que se pusieran de moda.

La creación suya que más se conoce, es la del miriñaque, que lució con motivo de la Exposición de París, donde tuvo sus mayores éxitos. En esta ocasión visitaron París los Reyes de Inglaterra, Victoria y Alberto, y tuvo lugar el famoso baile de las Tullerías, donde se reunieron casi todos los reyes de Europa.

Tal vez fuese adoptado por la emperatriz a causa de las conveniencias que ofrecía para disimular el embarazo pues, en aquella época se esperaba el nacimiento del príncipe heredero.

Consistía en la falda emballenada que se usó en el siglo XVI, XVII y XVIII. España, según lo demuestran los cuadros de Velázquez y de sus contemporáneos; luego esta moda se espació por toda Europa. La falda emballenada fué usada por la reina Isabel de Inglaterra, por la bella Margarita de Valois, esposa de Enrique IV de Francia, y en el siglo XVIII aún la llevó María Antonieta con ocasión de las fiestas de St. Cloud del Trianon.

Fácil es comprender que esta moda, creada por y para soberanas cuyos quehaceres no consisten en trabajo material, fuera de suma incomodidad para la modesta mujer de hogar a quien el miriñaque trababa y molestaba en sus movimientos y para su trabajo.

Un verdadero peligro constituía la facilidad de enredar el pié en los arcos de la falda y sufrir así una caída. En realidad no fueron pocas las víctimas del miriñaque. También tuvo su viso cómico esta prenda, por el modesto lugar que dejaba al esposo o al galán en la vereda, el coche o sobre el sofá, al lado de su imponente compañera.

El vértigo del miriñaque invadió a todas. Nadie hubiera osado presentarse sin él temiendo exponerse a la burla general. No hubo criada que no poseyera un miriñaque.

Por de proto Eugenia lo presentó de proporciones modestas pero su volúmen no tardó en aumentar y adquirir finalmente dimensiones colosales.

Sin cesar el ingenio de Eugenia variaba la hechura del miriñaque. Al principio éste consistió en una falda de crin, luego en una especie de jaula emballenada, y más tarde aún se lo confeccionaba con arcos de mimbre y acero.

La fabricación del miriñaque se hizo una grande industria que enriqueció a muchos fabricantes. Un industrial londonense llegó a ofrecer un premio de 100 guineas al autor de la mejor poesía en alabanza del miriñaque.

Pero lo que pocas personas saben es que ella misma que la había creado, acabó con esa moda, el día que recibió a la Duquesa de Sassonia y a la Princesa de Maeternich con un sencillo vestido de lana, sostenido por una saya *albanesa*, de lana también, color obscuro, con rayas rojas.

Basta para conocer su influencia el detalle de que después de su viudez y su destierro impositivo, como hemos dicho antes, la moda del flequillo.

Aquel año estuvieron en París, además de los reyes de Inglaterra Víctor Manuel, el duque de Brabante, Federico Guillermo de Prusia y Van Moltke, que quedó prendado de la emperatriz. Esta los recibió con un traje verde

oscuro y negro, sin escote: pero en la recepción de la noche, sus huéspedes la vieron vestida con menos sencillez. Un traje de raso blanco dejaba al descubierto la parte superior del busto y los brazos, que a Moltke le parecieron de una belleza incomparable.

Eugenia estuvo amabilísima con sus convidados, y quizá un poco exuberante, puesto que el oficial prusiano anotó en sus observaciones: «Tiene la emperatriz, la palabra viva y abundante, y actitudes que no espe a uno encontrar en tan elevada esfera» Respecto al emperador, emitió Moltke este juicio en sus apuntes: «No mue tra en particular una actitud imponente, y al hablar con él, se le nota cierto embarazo. Es un emperador, pero no es un rey.»

Aquél año fué el del atentado de Orsini. La bomba estalló debajo del coche que los conducía a la Ópera.

Un número considerable de personas que se hallaban delante del teatro resultaron heridos, dos de ellas mortalmente. El emperador y la emperatriz salieron ilesos. El sombrero del soberano fué atravesado por un proyectil y el general Roguet, ayudante del emperador, que iba en el asiento delantero del coche, fué ligeramente herido en la nuca. Resultaron también heridos dos lacayos, muerto un caballo del tronco de Su Majestad y destrozado el carruaje por los proyectiles.

Imagínese el horror de aquella escena en la estrecha calle de Le Peñitier, en medio de una oscuridad profunda, pues la violencia de la explosión había apagado súbitamente los mecheros de gas; los gritos de los heridos, un pánico de la muchedumbre locada que se precipitaba bajo los pies de los caballos de la escolta, algunos de los cuales pateaban en las convulsiones de la agonía.

El atentado había ocurrido en el momento mismo en que el coche imperial se detenía delante del peristilo de la Ópera. Un inspector de Policía, pensando que los soberanos estaban heridos y temiendo nuevas explosiones, se abalanzó para abrir la portezuela. El Emperador, que no lo conocía, lo tomó por un asesino que intentaba agredirle merced al espanto general, y lo derribó al suelo de un puñetazo.

Esto bastó para tranquilizar al celoso agente, según confesión propia.

La Emperatriz bajó rápidamente del coche tras del Emperador; tenía una mejilla ensangrentada por un pedazo de cristal, y su vestido de raso blanco estaba manchado de sangre.

Los monarcas se salvaron gracias al furor regicida de los conspiradores, que habían cargado las bombas con demasiada dinamita, de modo que los proyectiles, en vez de hacer metralla, fueron pulverizados.

La Emperatriz aún conservaba el sombrero que su esposo llevaba aquella noche; apenas parece deformado, pero a la transparencia de la luz se le ve acribillado como si hubiese recibido una descarga de mostacilla.

Eugenia no había perdido la serenidad, y al aparecer en su palco, mostró su sonrisa habitual para dar las gracias al público por la ovación que a ella y a su esposo les hacía. Sin embargo, la atormentó una terrible inquietud hasta que un emisario enviado a las Tullerías vino a afirmarle que nadie había atentado contra su hijo. El recuerdo más vivo que de tan famosa noche ha conservado, es el de aquellos momentos de angustiosa ansiedad con la sonrisa en los labios.

Ya no se acordaba nadie de los antiguos «complots» del Hipódromo y de

la Opera Cómica, y otras tentativas contra la vida de Napoleón III, Eugenia disculpaba luego a Orsini:

«Lo que ha impulsado a Orsini al asesinato—afirmaba Eugenia—es la exaltación de un sentimiento generoso. Ama la libertad con pasión y detesta no menos enérgicamente a los opresores de su país. Recuerdo muy bien el odio que teníamos en España contra los franceses después de las guerras del primer Imperio.»

En la época de su esplendor tenía encargado un traje de encaje de aguja, todo de flores naturales sobre fondo de tul finísimo, que iba a costear el Ayuntamiento de París. Como se tardó en hacerlo 14 años, no fué a parar a manos de la Emperatriz, sino a las de una riquísima americana, Mme. McKay, mujer lindísima que pintó Bonnat. Lo adquirió en 20.000 duros.

A pesar de su belleza y de que Napoleón la amaba tiernamente, cometió no pocas infidelidades. Una de ellas es la de la condesa de Castiglione, una beldad perfecta, italiana, que representaba el papel de agente político en manos del conde de Cavour.

Alquiló un hotel en la Axenida Gourjon. Su marido ocupaba una mala perrera, en un cuerpo de edificio independiente y como la habitación principal, ocupada por la condesa estaba vigilada por la policía, no podía penetrar en el interior. Una noche corrió por París que el Emperador había estado a punto de ser asesinado en la avenida Jean Gourjon.

La condesa puso en moda las grandes plumas dispuestas en forma de corona, que la hacían parecer aún más alta de lo que era y que se armonizaban con su soberbia hermosura.

En 1860, el príncipe Jerónimo dió una fiesta en el Palais-Royal en honor de la Emperatriz. Vestida de tul blanco, con una guirnalda de violetas de Parma en la cabeza, Eugenia pareció a todo el mundo más hermosa que nunca. El príncipe Jerónimo le hizo dar una vuelta por los salones llevándola, no del brazo, sino de la mano, a la moda de su juventud, precediéndola ligeramente con una gracia un poco anticuada; pero muy caballeresca.

Cerca de la una, los Emperadores se retiraban cuando la condesa de Castiglione, que subía rápidamente la escalera, se encontró con ellos.

—¡Qué tarde llegáis, señora condesa!—le dijo con galantería el Emperador.

—Sois vos, señor, que os vais muy temprano—contestó altiva la italiana, y entró con aquel aire de desdén en que envolvía a la humanidad eutera.

Pero con esas mismas armas luchó Eugenia. Una noche que la condesa estaba rodeada de cortesanos que adulaban a la favorita, la cual lucía un corazón de brillantes, regalo del Emperador, la Emperatriz se acercó a cumplimentarla y le dijo:

—Estáis muy bella, condesa, pero el corazón está un poco bajo.

Los cortesanos sonrieron, Napoleón sintió el ridículo y se alejó de allí con su esposa.

A los pocos días, en uno de los últimos bailes de máscaras de las Tullerías, la Emperatriz vestía un traje igual al que lleva la reina Maria Antonieta en el hermoso retrato pintado por madama Vigée-Lebrun, de terciopelo encarnado guarnecido de pieles, con gorro y plumas en la cabeza.

La condesa de Castiglione, que, desde tiempo hacía, no iba a la corte, había conseguido una invitación, no se supo por quien. Presentóse vestida de negro, admirablemente hermosa, con el traje de viuda de Maria de Médi-

cis. Pocas personas la vieron, pues puede decirse que no penetró en los salones. Sabíase que no pertenecía al número de las personas invitadas. Un chambelán fué a ofrecerle el brazo y la condujo a su coche.

Esta fué la última aparición de la célebre condesa en la sociedad parisiense. Entonces desapareció de París.

A veces tenía singulares caprichos de soberana despótica, que, en la época de su omnipotencia, hacían gracia a sus adoradores, pero que una opinión menos servil hubiera juzgado con más severidad. Por ejemplo, un día cruzaba sus habitaciones, acompañada del coronel Verly, y fijándose por casualidad en uno de los cien guardias que hacían regularmente centinela en Palacio, rióse de la inmovilidad de estatua, que era una de las primeras condiciones de su servicio.

—Confíese usted, coronel, que esa fijeza impeturbable de sus soldados no es más que aparente, y que no necesitaría gran cosa para hacérsela perder.

—Póngala Vuestra Majestad a prueba—contestó el coronel.

—¿Y si le insultase?

—Vuestra Majestad es dueña de hacerlo. Pero yo respondo de ese hombre.

Inmediatamente ella quiere hacer la prueba; frunce las cejas, imprime dureza a la expresión de sus ojos, se acerca al centinela y le dirige una viva reprimenda sobre una cuestión de disciplina. El soldado pudo experimentar la mayor sorpresa, pero no dió de ello la menor señal. Aquellos reproches innecesarios no habían alterado su inmovilidad absoluta. Empeñada en hacérsela perder, mostróse ofendida de su silencio y le dió un bofetón. El centinela no pestañeó siquiera y la soberana continuó su camino.

Al día siguiente, deseosa de hacer olvidar al cienguardia el insulto gratuito que le había hecho, mandó entregarle una gratificación de quinientos francos. Pero se las había con un soldado modelo, pues suplicó que devolviesen aquel dinero a la emperatriz, diciendo que se estimaba pagado con creces con haber recibido en el rostro la mano de su amadísima soberana. Bajo el uniforme del cien-guardia se escondía un alma de cortesano.

Sus pasajeros olvidos del grave papel de emperatriz, no le impedían reaparecer digna y ceremoniosa ante la corte.

VI

VIAJES TRIUNFALES

Eugenia de Montijo hizo viajes triunfales por las provincias de Francia. Uno de ellos fué en 1866 cuando apareció en la ciudad de Amiens, diezmada por el cólera, entró en los hospitales, visitó a los enfermos y no retrocedió ante el peligro del contagio mortal para prodigar auxilios y consuelos.

Otro de sus viajes fué a las provincias del Oeste, era un acontecimiento que ponía en revolución a toda la Bretaña. Como el gobierno de Napoleón III

había hecho importantes concesiones a la Iglesia, los emperadores recorrieron aquel católico país en condiciones de éxito, que rayaron en triunfo. Acompañados de la escuadra, pasaron de Cherburgo a Brest. Esta última ciudad no había recibido la visita de ningún soberano desde principios del siglo VVI, en que la reina Ana de Bretaña, yendo en peregrinación al santuario de Folgoët, quiso visitar la apartada villa del cabo de Finisterre, reducida entonces a las proporciones de una fortaleza y algunos arrabales.

Los habitantes se complacían en comparar la visita de la «buena duquesa», de legendaria memoria, con la de la joven soberana que llegaba precedida de una reputación de gracia y de hermosura propia para recordar los encantos tradicionales de Ana de Bretaña.

Antes de que la imponente escuadra, saludada por los cañones de la rada y del puerto, hubiese acabado de echar anclas en aquel lago marítimo, destacóse del muelle una suntuosa embarcación que, al impulso de treinta remos, se deslizaba velozmente por la superficie del agua hacia el buque imperial. Era una gran canoa construída para Napoleón I, con motivo de su viaje a Amberes. Estaba magníficamente adornada.

Toda la ciudad estaba adornada con mástiles venecianos, gallardetes, arcos de triunfo, colgaduras, guirnaldas de flores y banderas. Sus Majestades fueron en medio del entusiasmo más caluroso y bajo una lluvia de flores a la prefectura marítima, donde después de las presentaciones oficiales y de la poética ceremonia de la entrega de ramos de flores por las comisiones de muchachas de la ciudad y de la marina, les esperaba algún descanso.

Madama Laplace, esposa del almirante, se había pasado dos meses en conferencias con los tapiceros y mueblistas encargados de arreglar las habitaciones que la emperatriz había de ocupar en la prefectura. ¿Cómo adivinar las costumbres y los gustos de la soberana? ¿Qué colores preferiría? ¿Cómo decidirse entre la fresca del lienzo o la severa elegancia de las colgaduras de seda? La cuestión de la cama de la emperatriz le hacía perder la cabeza. Había sabido que la princesa se servía de almohadas particulares. Pero ¿cómo eran aquellas almohadas? ¿Redondas o cuadradas?, ¿de crin o de pluma? Sin sus almohadas de costumbre, la emperatriz dormiría mal, cojería dolor de cabeza y se levantaría con mal semblante, cosas que la buena señora Laplace no se perdonaría nunca.

Las camareras de la emperatriz, al llegar a la prefectura, sacaron de un cofre una almohada de crin muy baja, la colocaron en la cama y así pusieron fin a la inquietud de madama Laplace.

Eugenia aparecía a los ojos de las sencillas poblaciones bretonas en todo el esplendor de la grandeza, de la juventud y de la hermosura, adornada con todos los dones de la naturaleza y de la suerte, reuniendo en su prestigio extraordinario todo lo que pueda ennoblecer una frente femenina.

A fin de dar a conocer a Sus Majestades los trajes del país, se había organizado un cortejo de cincuenta parejas de campesinos, que desfilaron por delante de los soberanos, saludándolos con genuflexiones tan profundas como si se hubiesen encontrado en la iglesia. Luego, al son de zampofías, ejecutaron esas danzas populares, de un encadenamiento lento y melancólico que dura horas enteras en las fiestas y romerías de la Bretaña.

El 15 de agosto, día de la fiesta del Emperador, Sus Majestades oyeron misa en el famoso santuario de Santa Ana de Auray, entre Vannes y Lorient, y el 20 llegaron a San-Malo, cuya villa les obsequió también con un

gran baile, que tuvo que interrumpirse a lo mejor, porque se notó que el piso de los salones cedía al peso del gentío y al movimiento de la danza. Estuvo en un tris que no ocurriese una catástrofe. A fin de evitar el pánico, que sin duda hubiera tenido lamentables consecuencias, la emperatriz, prevenida en secreto lo mismo que su augusto esposo, tomó con mucha sangre fría el brazo del Emperador, y pausadamente, saludando a derecha e izquierda con su graciosa sonrisa, abandonó los salones como para ir al comedor, donde estaba preparada la cena. Tras ella salió la mayor parte del gentío, y entonces fué fácil rogar a las pocas personas que quedaban que tuviesen la bondad de retirarse. Una vez despejados los salones, se cerraron las puertas. La serenidad de la emperatriz ante el peligro evitó, sin duda, graves accidentes.

Al día siguiente, Sus Majestades salieron de San Malo de regreso a París, y Eugenia conservó siempre un gratsísimo recuerdo de aquel nervoso viaje.

Deseoso de ganar simpatías en las nuevas provincias anexionadas a Francia, Napoleón III, acompañado de su esposa visitó en agosto de 1860 Aix, Annecy, Chambery y Niza, que recibieron en palmas a los soberanos.

La emperatriz hizo una excursión a Chamónix, trepando a esa magnífica región de los Alpes, cubierta de neves perpetuas que ella no conocía.

Volviendo luego por las poblaciones meridionales de Francia, los soberanos se detuvieron en Marsella, a fin de tomar posesión del palacio que la ciudad había regalado al emperador, y que más tarde la emperatriz viuda le dió a Marsella para que lo convirtiese en hospital, y exigiendo figurar en la escritura como no Mme. Bonaparte, sino como viuda de S. M. el Emperador Napoleón III.

De allí, los monarcas fueron a embarcarse en Tolón a bordo del yate imperial *L'Aigle*, para visitar a Córcega y Argel. Al llegar a esta última ciudad, Napoleón III recibió la inesperada noticia del fallecimiento de la duquesa de Alba. A fin de evitar a la emperatriz un golpe demasiado fuerte, le anunciaron solamente que su hermana estaba enferma de algún cuidado. Eugenia suplicó a su marido que regresasen inmediatamente a París; pero la ciudad estaba de fiesta. Desde los últimos confines de la colonia habían acudido los jefes árabes y muchos habitantes a honrar la visita de los soberanos. Se había preparado un baile para el cual acababan de hacer considerables gastos de *toilette* las señoras más distinguidas de la sociedad argelina. ¡Qué decepción si se hubiese suspendido aquella fiesta! Disimulando su pensosa inquietud, la emperatriz tuvo el valor de asistir al baile con el corazón lacerado.

Después del baile, se le dijo que la duquesa de Alba estaba grave. Eugenia se agarró a la esperanza de llegar a tiempo siquiera para dar el último adiós a su hermana aunque fuese en el seno de la muerte. Los emperadores se embarcaron con premura, y sin haber pisado apenas el suelo africano regresaron a Francia.

Una vez en Saint-Cloud, la emperatriz se enteró de que llegaba tarde. Su hermana había sido enterrada días antes. Es indecible el dolor que le causó la pérdida de un ser tan querido, dolor aumentado por la circunstancia de no haber podido darle la suprema despedida.

Después del fallecimiento de su hermana, la emperatriz tuvo, al decir de

algunos biógrafos, la intención de retirarse a Escocia, no tanto para poderse entregar libremente al dolor que le causara tan irreparable pérdida, como para buscar el reposo que necesitaba su alma profundamente herida por las traiciones conyugales del emperador. La verdad es que no salió de Francia hasta mediados de noviembre. Pero también es cierto que Eugenia tenía pruebas de la infidelidad de su marido, infidelidad que determinó sin duda su ausencia de la corte por algún tiempo y que dió mucho que hablar.

Napoleón se había desprendido poco a poco de la íntima compañía de su esposa. Sin dejar de amarla, se entregaba a otros amores que para nadie eran un misterio.

El viaje más triunfante fué el que realizó la augusta dama a bordo del yate imperial *Aguila*, para inaugurar el canal de Suez, grandiosa obra de su primo el ingeniero Fernando de Lesseps.

Ciento cincuenta hermosos barcos de guerra, poblados de emperadores y reyes, henchidos de distinción, opulencia y fausto, esperaban el día 17 de noviembre para surcar el canal en su solemne inauguración.

El 16, entre ocho y nueve de la mañana, hizo su entrada solemne la Emperatriz Eugenia en el yate *l'Aigle*, que arribó majestuoso y ligero á la embocadura del canal. De la cubierta de todos los barcos partió simultáneamente, por centenares de músicas repetido, el famoso himno de la reina Hortensia *Partant pour la Sirie*.

La *Berenguela* parecía que se descuadraba con el estruendo de sus cañonazos; los quinientos hombres de su tripulación ensordecían en los intervalos el aire con sus quince gritos de ¡viva España!; todos los otros buques cañoneaban también y gritaban asimismo con sus millares de vivas; el *Aguila* a su vez contestaba a la recepción con sus saludos, sus gallardetes y sus recepciones: aquello era un abrazo en el mar, dado por toda Europa a la dama que simbolizaba la civilización europea.

Apenas el yate francés echó el áncora en el centro de los buques reales, entre el del emperador de Austria y el del virrey de Egipto, Ismail-Pachá, con el gran cordón de la Legión de Honor al pecho y deslizándose con su hijo mayor sobre las aguas tranquilas de la ensenada, en una góndola que parecía de oro y piedras preciosas, atracó al pie del *Aguila*. La emperatriz salió a la escalera y tendió su mano al virrey en el momento que éste iba a pisar las tablas del buque, lo mismo que a su hijo, únicas personas que se introdujeron en la morada imperial.

Después todo el mundo saltó a tierra, para asistir al *Tedéum* que, para pedir a Dios por el feliz éxito de la empresa, se celebró en la playa.

Por la noche la oficialidad de la *Berenguela* obsequió con un festín de confianza a los distinguidos españoles que concurrían a la inauguración del canal. Mientras tanto, la bahía se ilumina, maravillosos fuegos artificiales brotan del mar. Puerto-Said se enciende por encanto, las músicas tocan, los marineros cantan, el pueblo se enloquece, se agota el diccionario del regocijo en todas las lenguas del universo; y los españoles, creyéndose prisioneros en el barco cuando todo el mundo se desbordaba, echaron al agua las falúas, y en ellas saltaron a la rada para gozar al aire libre las delicias de aquella noche.

Pero terminaron los fuegos, se apagaron las luces, y población y barcos quedaron en silenciosa actitud.

Los españoles caracoleaban en su barquilla para llegar cada uno al costa-

do de su buque, cuando se le ocurrió a un joven guardia marina de la *Berengueta*, gran tañedor de guitarra, preludiar con gran primor los melancólicos acordes de un aire andaluz. Entonces a todos se les ocurrió a un tiempo ir a dar una serenata a la emperatriz. Ella cuando niña había escuchado con palpitante corazón bajo las rejas de los Cármenes del Genil, y ella no podía menos de regocijarse, cuando soberana, con aquel recuerdo tan distante y tan cercano a la vez en las horas del insomnio. Efectivamente: los remeros, a una orden del comandante, atracaron cerca del *Aguila*, y allí, el guardia marina, con voz preciosa, cantó una sentimental copla andaluza.

Una salva de aplausos recibió la canción del serenatero intruso. Era uno de los pasajeros del vapor mercante *Pelayo*, de la matrícula de Cádiz, que había ido a las fiestas, y al oír la guitarra en la bahía, se había echado con otros amigos en un bote para asistir a la extraña serenata de la *Berengueta*. A la mañana siguiente, los barcos, en número de un centenar, levaron anclas para emprender en procesión, por orden de jerarquía, la travesía del canal.

Era ya entrada la noche cuando la flota llegó a Ismailia, punto de parada en la primera porción del trayecto. A uno y otro lado del borde del canal se habían elevado, por orden del virrey, palos con una especie de corona superior, que sirvieron de flameros durante el trayecto nocturno. La llegada al lago Timsah fué solemne y magnífica. De todos los buques partían cohetes y bombas de colores para unir el regocijo con los fuegos artificiales, las músicas e iluminaciones que brotaron como por encanto de la nueva ciudad. Esta era pequeñísima para dar albergue a concurso tan numeroso; por tanto se habían habilitado a las puertas de la capital del Istmo mil tiendas de campaña, mejor dicho, mil palacios donde a los convidados les aguardaban todos los refinamientos del lujo y de la comodidad. Pero aunque vistoso y pintoresco en extremo, no era el campamento europeo tan agradable ni con mucho como el campamento indígena. Una multitud de árabes, destacados de todos los confines del Egipto, había acudido a presenciar las fiestas, situándose en un arenal junto a la playa de Ismailia. Era infinito el número de tiendas de esta gente; pero era aún más infinito el número de árabes que sin tienda y sin abrigo clavaron su lanza.

A las diez de la mañana del 19, los barcos regios en cabecera, la comitiva partió de Ismailia con rumbo a los Lagos Amargos, donde pasó la noche para entrar a la mañana siguiente triunfante en Suez.

Eugenia vino también varias veces a España, a San Sebastián y a Madrid, varias veces, ya destronada, a casa de su madre, que nunca vivió en la Corte de Francia y que pareció presentir, para no alegrarse del matrimonio de su hija, los dolores que la esperaban.

La primera vez que vino fué como Emperatriz, Isabel II, salió a recibirla a la escalera de Palacio, y Eugenia dijo:

—Permitid, señora, que vuestra antigua dama os bese la mano.

—Venid a mis brazos.

Ambas se abrazaron, y aquella noche fueron a la ópera juntas.

Después se han visitado muchas veces, para contarse sus nostalgias, hasta que se despidieron en el Palacio de Castilla, las dos destronadas.

En este viaje último, le dijo una de sus doncellas, que le aconsejaba que se retirase del sol:

—¡Para qué me voy a retirar! Me encuentro bien... ¡El sol de España no hace daño!...

MATERNIDAD

La emperatriz añadió otro florón a su corona con la maternidad. Toda la familia explotaba a Napoleón.

El ex-rey de Westfalia percibía una dotación de un millón anual y su hijo Napoleón otra de doscientos mil francos, amén del sueldo de senador. Además, para indemnizar a su tío de los reintegros que pudiese reclamar a Francia, Napoleón III le abonó tres millones a razón de 55.000 francos mensuales, con cargo a la lista civil, hasta el pago completo del capital. El ex-rey daba a su hijo la mitad de estos 55.000 francos y nada a su hija, la princesa Matilde, con la cual estaba reñido desde que ésta le había retirado la pensión de 40.000 francos. La princesa percibía del Estado 250.000 francos, con residencia en un hermoso hotel de la calle de Courcelles, y el castillo de San. Gradiano.

Jerónimo Bonaparte, cada vez más envidioso de su primo, continuaba haciéndole la sorda y malsana oposición con que había correspondido a sus continuos favores desde su elevación a la jefatura del Estado. En la época en que la emperatriz no parecía en la vía de la maternidad, Napoleón III había imaginado suspender sobre la cabeza de su ambicioso primo una especie de espada de Damocles, haciendo venir de América y dispensando una afectuosa acogida a M. Paterson, guapo mozo de veinticinco o veintiseis años, a quien podía adoptar como sucesor al trono, si lo tenía a bien.

Se explotaban las calumnias o verdades de los amantes de la Reina Hortensia, para hacer armas contra Napoleón, diciendo ya que era hijo del rey Luis ya que era hijo del almirante Werknell.

Así es que se recibió con júbilo la noticia de la maternidad de la Emperatriz. A pesar de su deseo de tener sucesión, como estuvo Eugenia muy grave al dar a luz al príncipe imperial, y los médicos dijeran que peligraban la madre o el hijo Napoleón recomendó:

— Pensad sólo en la Emperatriz.

El júbilo en Francia fué inmenso. El Consejo Municipal de la Villa de París había acordado mandar hacer la cuna imperial por las más hábiles artistas, empleando las materias más preciosas tenía la forma de una nave, terminada por una águila de plata con las alas desplegadas. En la popa se elevaba la estatua de la Villa de París, de plata, vestida de rojo, sosteniendo una corona, de la cual se escapaban las cortinas, dos pequeños genios velaban sobre la cuna, y detrás del navío estaba el escudo municipal en esmalte y oro. El casco de madera rosa, estaba sostenido por dos sirenas de plata y cuatro medallones de esmalte de Limoges representaban las cuatro virtudes.

Todo fueron homenajes, fiestas, colgadas y luminarias. En todas las provincias se cantaron Te-Deum y el Papa, su padrino, le envió su bendición. Cuatro ejércitos celebraban su nacimiento bajo los muros de Sebasto-

poi, cubrían su cuna los laureles de Crimea y se inclinaban sobre él las banderas de Italia.

Fué época de esplendor y gloria, con aquel florón de maternidad que incrustaba en su diadema la hermosa Emperatriz.

El Príncipe «Napoleón—Eugenio—Luis—Juan—José» era de carácter afable y bondadoso, siempre dispuesto a socorrer miserias, a solicitar gracias en favor de los necesitados, se hacía querer de todos. Pasaba la mayor parte del tiempo en Compiègne, corriendo por sus bosques en su jaca. *Botón de Oro*, con su ecuyer Mr. Bachan montado en *Flor de Albaricoque*.

Un día estando en Saint-Cloud, jugando con unos muñecos de madera, uno de los amigos le arrojó uno con tan mala suerte que lo hirió en la cabeza y empezó a echar sangre. En aquel momento entró el Emperador que asustado preguntó que pasaba y el Príncipe respondió que se había caído.

A los catorce años sufrió su bautismo de fuego, al lado de su padre, en la batalla de Saa-bruck. El Emperador escribió en su correspondencia privada a la Emperatriz: «Luis ha guardado una bala que ha caído cerca de él». Más tarde sus enemigos hicieron arma de esto para decir que guardaba las *balas muertas*. Esta fué una de las causas que tuvo el hijo de Napoleón para ir a Zúrida. El probar que era valiente.

Después de la derrota de Sedan franqueó la frontera de Bélgica, pasando a Inglaterra con su padre.

Se ha acusado a la Emperatriz de demasiada severidad con su hijo, después de muerto Napoleón, y de fomentar su ambición. Aunque fuese cierto esto, en nada amenaza su cariño de madre, que cumple su deber, y quería que el hijo recuperase el trono de sus mayores.

El Príncipe Imperial fué a Zulandía con el Estado Mayor de Sard Chelmsford, que lo destinó a explorar los terrenos desconocidos.

El día de su muerte salió con dos oficiales y seis voluntarios del Cuerpo de caballería de Bellington y se dirigió hacia Blood-River (Riviera de Sangre) en su caballo *Fate* (El Destino). ¿No es un mal presagio? Después de caminar unas millas se detuvo para que pastasen los caballos y comer ellos. Estaban preparándose para continuar la marcha cuando los zulús cayeron sobre ellos. «¡Sálvese quien pueda!», exclamó un oficial y salió huyendo. El Príncipe quiso montar a caballo, pero no pudo, entonces se defendió bravamente hasta caer muerto, acribillado por seis balazos; todas las heridas las recibió de frente. Cuando se encontró el cadáver se puso esta inscripción sobre su féretro.

Fué el duque de Bassano quien, el 19 de junio de 1879, cumplió el deber terrible de dejar adivinar a la pobre madre tan inmensa desgracia.

El rumor había empezado a circular el día antes en Londres. El 19 de junio, a las ocho de la mañana, lord Sidney, gran chambelán de la reina, fué enviado por Su Majestad, portador de la terrible noticia. Preguntó por el duque de Bassano. El duque quería muchísimo al príncipe imperial y estaba atormentado por el dolor. Lord Sidney le apremiaba para que preparase a la emperatriz.

—Jamás—decía el duque—jamás mis labios podrán proferir semejantes palabras.

—Pensad—decía lord Sidney—que la emperatriz puede enterarse por algún periódico, por alguna indiscreción vulgar.

El duque se decidió.

La emperatriz, sorprendida de ver al duque presentarse tan temprano en su casa le hizo entrar enseguida.

—¿Tenéis noticias de la Zululandia?—le preguntó antes de que hubiese hablado.

—Sí, señora, y no son buenas.

—¡Luis está enfermo! Pues bien, mi querido duque, vamos a partir enseguida; iremos a cuidarlo.

—Ha habido un combate.

—¿Está herido?

El duque bajó la cabeza.

—Podemos partir hoy mismo. Encontraremos seguramente en Londres un buque que nos lleve a Suez. y allí veremos. Todos los días salen vapores.

Y llamando a las mujeres de su servidumbre, la emperatriz les dió algunas órdenes rápidas para que preparasen inmediatamente los objetos indispensables.

—¿La herida es grave?—preguntó Eugenia sin atreverse a mirar al duque de Bassano, que hasta entonces había permanecido en la entrada de la habitación.

Luego se le acercó y le miró fijamente en los ojos con mortal angustia. Las lágrimas inundaban el rostro del duque. La Emperatriz dió un grito terrible.

En este instante había comprendido lo que pasaba.

Durante todo aquel día fatal, la Emperatriz tuvo varios síncope. Murió por su vida; habían ido a prevenir al P. Goddard, cura de la iglesia Santa María de Chislehurst, para que la asistiese.

—¡Ni siquiera podré morir!—decía ella, volviendo en sí—: Dios clemente me dará cien años de vida.

Es conmovedora la anécdota que de su peregrinación a aquel lugar cuenta Lucien Alfonso Daudet.

Llegó en su dolorosa peregrinación cerca del lugar donde murió su hijo y acamparon para ir a visitarlo al día siguiente.

La Emperatriz salió de su tienda huyendo del calor. Parecía que una misteriosa fuerza le hacía andar a través del campo. Se sentía envuelta en un perfume de verbena, que era el predilecto de su hijo. Aquel perfume la gustaba. Llegó a un lugar, una colina cubierta de piedras planas donde se detuvo para aspirar mejor la presencia invisible, le parecía una luz brillante y oír como una voz misteriosa.

De pronto todo desapareció como una estrella que cae del cielo. La Emperatriz se desmayó. Sus amigos, que la buscaban, la condujeron al campamento.

Al día siguiente el general inglés le acompaña al lugar donde había muerto el príncipe. La Emperatriz reconoció el sitio a donde había ido a parar el día anterior. Esto produjo una gran impresión en su espíritu.

ERRORES

Indudablemente los cometió Eugenia en política. Era mujer y era algo supersticiosa. Ante todo quería estar bien con el Papa. Llegó a decir a Napoleón «que su hijo no reinaría si no respetaba al Pontífice.»

Ella fué la que empujó a su marido a la guerra del 70, a la que llamaba *mi guerra*.

Eugenia tenía voz en los consejos de su marido y en su ausencia fué la regente de Francia.

A causa de sus disgustos conyugales había estado separada de su marido, viajando con el nombre de Condesa de Pierrefonds.

Eugenia prolongó su estancia en aquel idílico rincón del ducado de Nausseau, escapado a la conquista prusiana, mucho más allá de las prescripciones facultativas. Vivía casi solitaria, haciendo oídos sordos, lo mismo a las invitaciones de los príncipes extranjeros que a los apremiantes llamamientos de los suyos.

Por fin volvió a París cuando a ella le dió la gana y después de haber reflexionado bien acerca de la conducta que debía seguir. Estaba resuelta a continuar siendo la compañera fiel y soberana, pero «no habría más Eugenia.»

Ella y su corte empujaron novelescamente a Carlota y Maximiliano de Austria, cuyo fin desdichado se sabe. Carlota vino a París a pedir amparo a Napoleón. Los carruajes de palacio fueron por ella al Hotel y con escolta de soberana la condujeron a Saint-Cloud.

El emperador y las dos emperatrices subieron la escalera de honor del palacio, y después de las presentaciones usuales rápidamente hechas, se cerraron los tres solos en el gabinete de la emperatriz Eugenia para hablar.

En la emperatriz Carlota, que no tenía entonces más que 26 años, todo revelaba largos dolores y profundas inquietudes. Era alta, de talle elegante y noble, de rostro ovalado, de negros y hermosos ojos y de graciosas facciones. Llevaba un largo vestido de seda negra, todo arrugado aún del viaje, una manteleta de encaje negro y un sombrero blanco elegantísimo, mandado comprar aquella mañana.

Hacía un calor sofocante, y ya fuese a causa del largo trayecto en coche, bajo un sol ardiente, para ir de París a Saint-Cloud, ya fuese a causa de las emociones que la agitaban, Carlota había llegado muy sofocada.

La acompañaban dos damas de honor mexicanas que hablaban difícilmente el francés. Mientras los soberanos conferenciaban largamente a solas, las damas de honor de Eugenia, entre ellas madama Carette, las obsequiaron con refrescos. La que mejor chapurraba el francés suplicó a madama Carette que enviase una naranjada a la emperatriz Carlota, que acostumbraba tomarla a aquellas horas. En seguida se dió orden a un maestresala para que llevase a la emperatriz de México la bandeja preparada.

Eugenia, contrariada por la llegada de aquel hombre en tal momento, le preguntó por qué traía aquella bandeja.

El maestresala contestó que madama Carette se lo había ordenado. Eugenia misma le sirvió la naranjada, y tuvo que insistir para que la emperatriz Carlota, que parecía vacilar, la aceptase.

Después que Carlota se hubo marchado, Eugenia preguntó a madama Carette por qué había enviado aquel refresco, que pareció contrariar a la emperatriz al extremo de hacerse de rogar para tomarlo. Madama Carette explicó a su soberana lo que había ocurrido, y Eugenia opinó que la dama de honor mexicana había mostrado un celo excesivo y que a la emperatriz Carlota la molestó aquel pequeño incidente en medio de una entrevista tan seria.

Durante dos horas, la infortunada princesa, con la elocuencia, el valor y la persuasión que se tiene en los grandes infortunios, había expuesto al Emperador las dificultades terribles y los peligros que rodeaban a Maximiliano, en un país entregado a las agitaciones más revolucionarias, en medio de una población inculta, expuesto a las traiciones de políticos ambiciosos, familiarizados con la violencia y los excesos.

El Emperador, maniatado por las complicaciones que dificultaban la marcha de los negocios franceses, abandonó a un aliado que él ayudara a poner en un trono peligroso, y limitóse a suplicar a la emperatriz Carlota que procurase lograr, a toda costa, que su marido renunciase a continuar una empresa desesperada y regresase a Europa.

La infortunada princesa no podía resignarse a abandonar sus esperanzas. Quería hacer nuevas tentativas cerca del emperador de Austria y cerca de su padre, el rey de los belgas, y hasta quería ir a Roma, a solicitar el concurso del Padre Santo. Partió de Saint-Cloud con el rostro descompuesto, con las facciones contraídas por las lágrimas que reprimía, dejando a Napoleón III y a Eugenia bajo la más dolorosa impresión.

Pocos días después de esta visita, se obse vó la agitación de sus ideas. Pronunciaba frases incoherentes, estaba febril y tenía violentos dolores de cabeza. Empezó a decir que estaba envenenada y que seguramente era por el refresco que había bebido en Saint-Cloud.

Se ha hablado también de la superstición de la Emperatriz entregándose al espiritismo embaucada por un americano, llamado Home, que se decía mágico y espiritista y que no era más que un agente secreto de Berlín y que tuvo en la corte de Rusia Rasputin.

Este embaucador hizo experimentos hasta delante de Napoleón, haciendo salir de la estancia al conde de Walesky; y al duque Bossam por incrédulos. Una dama que deseó estrechar la mano de su padre sintió estrechar la suya una mano fría y húmeda, llena de espanto.

El Emperador estaba silencioso e impresionado el rey de Baviera hacía la señal de la cruz.

Un acontecimiento vino a aumentar su fama. Un marqués, muy conocido en la corte le pidió ver a su amada muerta y al cumplirse su deseo cayó muerto de repente.

Este charlatán se hizo el indispensable en las Tullerías, acompañó a la Emperatriz a Biarritz y sus familiaridades molestaron tanto al ministro de Estado que lo expulsó de Francia.

Aquel año peligró la vida de la Emperatriz en Biarritz a consecuencia de un accidente marítimo. Se había embarcado en un barco de recreo con el Príncipe imperial, el almirante de la Graviere; sus dos sobrinas, hijas de la duquesa de Alba y la señorita Marión, el Dr. Corvisor y Mme. Carrette.

Durante el paseo a San Sebastián se produjo viento huracanado y gran marejada y el comandante del *Faon* declaró que no podía desembarcar.

Para ir a tierra tuvieron que servirse de los botes de a bordo. Se empezó por desembarcar a las sobriñas de la Emperatriz, a la señorita Marión y a madama Carette. Esta y la menor de las señoritas de Alba, Luisa, iban casi sin sentido a consecuencia de un mareo terrible.

Por un error del piloto que dirigía la embarcación en que iban con Eugenia y el Príncipe imperial, el almirante Jurien, el comandante del *Faon*, el P. Bauer y el doctor Covisart, en vez de seguir el camino del primer bote y ganar el canal, había ido por el otro lado del espigón hacia una playa sembrada de escollos, y la canoa, empujada por las olas se fué a estrellar contra una de las rocas que el mar barría. La obscuridad no permitía distinguir a qué distancia estaban de la orilla. Los marineros pusieron pie en la roca y ayudaron a la Emperatriz a sostenerse en ella en medio de las olas que rompían con violencia. Eugenia tenía a su hijo en brazos.

—No tengas miedo, Luis—le decía.

—No tengo miedo, mamá. No olvido que me llamo Napoleón.

El Príncipe tenía entonces escasamente once años.

Pronto corrió la noticia de lo que pasaba, y acudió a la playa toda la población. La Emperatriz y su hijo estaban mojados como si les hubiesen sacado del agua. Quitáronle al Príncipe su ropa y lo vistieron de prestado. La Emperatriz, pensando en la inquietud que el Emperador debía experimentar al ver que los excursionistas no volvían, dispuso regresar en los carruajes preparados al efecto, y se puso en camino sin tomarse el tiempo de cambiar de ropa.

Efectivamente, el Emperador y los ministros estaban en la más viva inquietud, y cuando se le hubo referido el terrible episodio, juró que no volvería a autorizar excursiones por mar.

Aquella tuvo un triste epílogo. El desdichado piloto que había dirigido el desembarque se ahogó, y al día siguiente el mar arrojó su cadáver a la playa en que se alzaba su casita, cuya luz le servía habitualmente de faro.

Pocos días después, el emperador quiso ver el lugar de la escena. La marea era baja y la enorme roca en que se había estrellado la canoa imperial se hallaba enteramente a descubierto. Tendría unos tres metros de altura y formaba un cubo aislado en que hubieran podido refugiarse doce o quince personas con mar tranquila. Napoleón III, a fin de evitar nuevos siniestros, ordenó la construcción del faro que subsiste en el muelle de San Juan de Luz.

Las relaciones con Alemania que tan terribles resultados habían de tener, se tomaron al principio casi a broma.

Hé aquí lo que narra Merimee:

“Mme. X... en su calidad de alemana admiraba mucho al señor de Bismarck y la amenazábamos con las osadías del grande hombre. Hací algunos días pinté y recorté la cabeza de Bismarck y por la noche Sus Majestades y yo entramos en el cuarto de madama de... Pusimos la cabeza en la cama y una almohada debajo de la sábana para representar el bulto de un cuerpo humano; luego la emperatriz puso sobre la frente un pañuelo dispuesto en forma de gorra de dormir. En la penumbra del cuarto, la ilusión era completa. Al retirarse Sus Majestades, retuvieron algún tiempo a madame de..., para que los emperadores fuesen a colocarse en el fondo del corredor; después, cada cual fingió retirarse a su cuarto. Madame de... entró en el suyo, y al cabo de un rato, salió precipitadamente yendo a llamar a la

puerta de la señora de Lourmel y diciéndole con lamentable acento: «¡Hay un hombre en mi cama!» Desgraciadamente la señora de Lourmel no conservó su seriedad, y al otro extremo del corredor, las risas de la emperatriz lo echaron todo a perder. Lo mejor del caso fué lo que más tarde supimos. Uno de los lacayos del emperador había entrado en el cuarto de madame de..., y al ver la cabeza, se había retrado pidiendo mil perdones, después de lo cual había ido a contar que había un hombre en la cama. A'gunos habian emitido la opinión de que era el marido de madame de..., pero se había rechazado esta hipótesis como improbable.»

La anécdota es curiosa y prueba de qué modo se divertía la corte en Biarritz a propósito de la visita del hombre que en breve plazo había de destruir el Imperio.

Pero los asuntos del Imperio iban de mal en peor.

Después de la guerra de Italia, Napoleón III tenía por ministro de Estado, encargado de su lista civil, al banquero judío Aquiles Fould, de quien es justo decir que tuvo el valor de introducir un poco de orden en los gastos de Su Majestad. La lista civil era crecida, pero no inagotable, y si por una parte servía para aliviar nobles infortunios y retribuir servicios de personajes menesterosos, servía también para extinguir deudas vergonzosas, y pagar histriones y mujerzuelas. Aquella lista civil era un fangal, y Fould tuvo tanto más mérito en reglamentarla un poco, cuanto que a menudo encontraba poderosas resistencias. En junio de 1860, a pesar de la penuria del tesoro imperial, Eugenia hizo decidir el viaje habitual a Fontainebleau. El ministro, asustado del gasto que este viaje iba a ocasionar, habló al Emperador, el cual, apoyándose en el mal estado de salud de su tío el rey Jerónimo, postrado en cama en su finca de Villegenis, quiso dar contraorden respecto al costoso veraneo.

La emperatriz, furiosa contra el ministro, puso el grito en el cielo y de tal modo montó en cólera, que su augusto esposo, a fin de obtener la tranquilidad, cedió, como solía hacer en tales casos.

A propósito de este baile, hallamos una anécdota curiosísima en las crónicas de la época. La emperatriz se había mandado hacer un traje de Diana cazadora con malla, escote y otros accesorios. Uno de los gacetilleros de *La Independencia Belga* se dió maña para enterarse del disfraz de la bella soberana, y dió de él una descripción detalladísima en su periódico. La mañana del día en que tenía que verificarse el baile, el artículo del periódico bruselés cayó en manos del emperador, quien, después de haberlo leído, pasó a las habitaciones de su esposa y se hizo enseñar el traje de máscara. Vió que la descripción de *La Independencia Belga* era rigurosamente exacta, y declaró a Eugenia que el vestirse de malla una emperatriz era una inconveniencia muy grande y que debía elegir un traje más apropiado a su jerarquía. La joven soberana quiso resistir; pero Napoleón III mostróse inflexible esta vez, y la Diana moderna se vió obligada, por orden de su Júpiter, a abandonar malla y carcaj.

Más luego vino lo más gracioso del caso. El periódico *La Patrie*, de monsieur de Lamarré, adicto a la Emperatriz, desconocedor del veto, dió el día después del baile, bajo la firma de la condesa de Rainneville, su cronista de salones, la descripción del famoso traje de Diana, afirmando que sentaba divinamente a Su Majestad, la cual lucía con él las formas más graciosas y más pantorrillas sin rivales. La plancha de *La Patrie* hizo reír a toda

la corte, menos al Emperador, el cual comprendió que la inmensa mayoría del público, a pesar de todas las rectificaciones ulteriores, persistiría en la creencia de que la Emperatriz se había disfrazado con aquel traje inconveniente.

Otra anécdota relativa al mismo baile.

Pocas horas antes de la apertura de los salones del hotel de Alba, la policía fué puesta sobre la pista de una conspiración; operáronse varios arrestos y se tomaron minuciosas precauciones, por cuanto el Emperador, prevenido, no quiso que se suspendiese el baile.

Los conjurados tenían que pegar fuego al salón principal, improvisado para la fiesta y construido de madera, y a favor del pánico, asesinar al Emperador. A cosa de las cuatro de la madrugada, a pesar de todas las precauciones de la autoridad, se manifestó cierto movimiento de temor entre el servidumbre. Se les hizo salir de las cocheras, de las cuádras, de todos los sitios cubiertos; se les obligó a permanecer en los patios, y la fiesta no interrumpida, duró hasta las ocho de la mañana. El Emperador y la Emperatriz no se habían retirado hasta las siete.

La corte marchó a Fontainebleau, y a instancias de la soberana, se lanzaron una infinidad de invitaciones, muchas de ellas a las mujeres más hermosas de París, a las que el público designaba con el nombre de «*cocottes* de la emperatriz.» Las cuatro más conocidas lo eran por los apodos de *Cochonnette*, *Canaillette*, *Dindonnette* y *Cascadette*.

Le representaban piezas procaces, de Morny, al que se le atribuía esta frase: «Soy hijo de reina (la reina Hortensia), hermano de emperador (Napoleón III), yerno de emperador (decíase que la duquesa de Morny era hija del Zar) y todo esto es natural.»

VIII

LA TRAGEDIA

Se acerca el momento terrible. Eugenia pudo evitar la guerra y no quiso. El día en que se declaró, al llegar el emperador, le preguntó la soberana: «¿Parece que tendremos guerra?—No, contestó Napoleón; hemos encontrado un medio de evitarla tal vez.» Entonces la emperatriz, señalando un número del periódico *Peuple Français*, dijo en tono mordaz: «Cómo es, pues, que tu órgano dice que la guerra se ha declarado ya?» El emperador le contestó: «En primer lugar, no es ese el órgano mío, como pretendes, y luego no sé yo nada de esa noticia. Pero aquí puedes enterarte de lo convenido en el Consejo de ministros.» Y le entregó el acta correspondiente.

La emperatriz, después de haberla leído, contestó ásperamente: «Dudo de que esto sea conforme a los sentimientos del país y de las Cámaras.»

Hablando luego con Le Boeuf sobre aquel proyecto, imaginado por los ministros en ausencia del de la Guerra, la emperatriz le preguntó: «¿Y bien! ¿Qué opinais?» Le Boeuf contestó que indudablemente hubiera sido preferible la guerra; pero que, puesto que renunciaban a hacerla, aquella declaración le parecía lo mejor. «¿Cómo! También vos aprobáis esa cobardía?, exclamó ella. Si queréis deshonraros, no deshonréis al emperador!—¡Oh!, dijo Napoleón; ¿cómo podéis hablar así de un hombre que nos ha dado tantas

pruebas de abnegación?» Ella comprendió su falta, y tan ardientes en la pesadumbre como lo había estado en la rudeza, besó al general rogándole que olvidase su vivacidad.

La guerra se declaró. El emperador partió a pesar de hallarse enfermo y necesitar una operación, acompañado del Príncipe Imperial.

Ya se sabe el resultado, la terrible derrota de Sedán. El Emperador era prisionero, Mac-Mahón había muerto, y el Príncipe Imperial había desaparecido.

El Barón David, Ministro de Obras públicas dió la noticia a Eugenia.

«El ejército, derrotado y cautivo. No habiendo encontrado yo la muerte en medio de mis soldados, he tenido que rendirme prisionero para salvar al ejército.—Napoleón.»

Eugenia quiso resistir pero no encontró nadie a su lado. El segundo Imperio había muerto.

A las tres y media de la tarde el prefecto de Policía llegó precipitadamente a las Tullerías y penetró en las habitaciones de la soberana gritando: «Estamos perdidos, no podemos resistir, la muchedumbre está rompiendo las verjas. El único medio de salvación para Vuestra Maestad es la huida inmediata.»

Aquella mañana, antes de la reunión del Consejo, Eugenia había teleografiado a su madre: «¡Ten valor, madre mía! Si Francia desea defenderse, puede hacerlo. Yo cumpliré con mi deber. Tu infeliz hija, Eugenia.»

Pero estaba sola, no tenía a nadie; dos consejeros poderosos que insistían en que huyese, el conde Nigra y el príncipe de Metternich. Antes de la llegada del prefecto de Policía la habían conducido a una ventana, haciéndole ver el pueblo amotinado.

Una muchedumbre amenazadora había invadido el jardín de las Tullerías, a los gritos de «¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República!»

Este otro grito era el de «¡Viva Sardou!»

Sí, Sardou, el autor cómico, que desnudo el pecho y descubierta la cabeza guiaba la guardia nacional contra la tropa, para proteger la huida de la emperatriz Eugenia y evitar el incendio de las Tullerías.

Acordándose de María Antonieta, Eugenia dijo: «No quiero que tengan en mí otra reina a quien insultar», y consintió por fin en huir.

Rápidamente cubre con un manto tosco su rica pelerina de Worth. cogió su saquito de mano y su pañuelo y se escapó seguida del príncipe de Metternich, del caballero Nigra, embajador de Italia y de madame Lebreton, su lectora.

Después de recorrer multitud de pasillos y escaleras llegan a la calle, toman un coche de alquiler y un chiquillo de busa y gorra, exclama: Esta es buena. Se escapa la emperatriz.

El coche salió al galope y los dejó en el boulevard Haussenann, desde donde fueron a casa del doctor Graus, donde pasó la noche, saliendo al día siguiente por la puerta Maillot, donde los milicianos habían construido una barricada. Se oía gritar por todas partes: ¡Abajo el Imperio! En Saint Germain hubo de cambiar de coche y de tiro, y la posadera tuvo la ocurrencia de decir:

—No dirán ustedes que mi coche no es digno de una emperatriz; lo que hizo temblar a la infortunada. En Eureux tuvo que pasar entre la tropa, gracias que el doctor Graus dijo que era su esposa e iba enferma. Tenía

tal constipado que se tuvieron que parar en una fuente del camino para lavar su pañuelo. En Deauville embarcó a bordo del Yacht de un inglés estravagante, que no la quería admitir.

La travesía del canal fué la parte más peligrosa del viaje. El yate levó anclas a las siete de la mañana y encontró mar gruesa, aumentando el temporal a medida que se acercaba a la costa de Inglaterra. Eugenia no respiró tranquila hasta llegar al puerto de Rides, la perseguía el fantasma de María Antonieta; y sentía opresión en el cuello.

Puso este telegrama a su madre: «Je pars. Conrage Eugenia».

Pasemos sobre este periodo doloroso de humillaciones, de venta de joyas, de molestias y oprobios.

Después de vencida la Commune e instalada en Versalles la Asamblea nacional, los emperadores perdieron toda esperanza de volver a Francia, y desde aquel momento el destierro fué para ellos absoluto.

Napoleón III se consagró a la instrucción y educación definitivas de su hijo. Entró éste de cadete en la Real Academia militar de Woolwich en octubre de 1871, cuando aún no había cumplido diecisiete años.

La salud del emperador empeoró rápidamente, y después de varias consultas médicas, se acordó operarlo. Se le practicaron, en efecto, tres operaciones de la litotricia, una el 2, otra el 6 y la tercera el 9 de enero. Pero el resultado de esta última fué fatal. El príncipe Luis, llamado con toda urgencia, encontró a su padre muerto.

Se hizo el entierro con esplendor, y cuando el príncipe salió a dar las gracias a los que habían acompañado el cadáver, fué saludado con grito de ¡Viva Napoleón IV!

Pero ya sabemos que vanas fueron estas esperanzas, y que quizás fués víctima de ellos el Príncipe Imperial.

IX

VIUDEZ

Se conoce más como vivió su época de esplendor que en su viudez, que es quizá más interesante.

Retirada en su castillo de Farubacouyh Hill en medio de los campos incultos de esa parte de Hampshire que tiene el aspecto de ciertas regiones de Escocia, en la solitaria pradera, entre grandes pinos negros que coronan una colina próxima a la Iglesia donde está la cripta en que reposan Napoleón III, y el Príncipe Imperial y donde ella debe ir a dormir su último sueño.

El edificio tiene en sus muros una decoración de plantas y estatuas, entre las que abundan las violetas y las abejas.

En el interior Eugenia de Montijo había reunido casi un museo napoleónico.

En el vestibulo acoge al visitante el retrato de Eugenia entre sus damas, el célebre cuadro de Wouterhaller, frente a un medallón monumental, de marmol, que representa a Napoleón III.

Allí están los muebles que fueron de la Reina Hortensia, en el castillo de Arenberg, el tapiz que estuvo en Chisleburs; en el castillo de Campdeu-

Plare donde desterrado Napoleón paseaba sobre él, nervioso de esperanza en la restauración.

En el gabinete de trabajo de la emperatriz está la estatua del príncipe imperial, por Carpeaux, y detrás una serre que le sirve de fondo, cuya pared de mármol blanco está cubierta por un tapiz de verdura de plantas cuya semilla fué traída de Zulandía en 1880 por la emperatriz; semillas cogidas en el lugar donde murió su hijo.

En el muro de la derecha se ve un bello retrato del emperador por Cabanel. Esas dos figuras eran el resumen de su vida de mujer.

En la librería se han reunido numerosos recuerdos del príncipe imperial: su retrato póstumo por Cannon, grandes fotografías, adornadas siempre tíernamente con coronas de rosas y crisantemos.

El gran salón de honor tiene tapices de Gobellins, cuadros de Grenze, de Gerad, de Riesener, de Lefebvre y de Wivteralter, entre los que se repiten retratos de toda la familia imperial,

Pero lo que más conmueve es un cuarto cerrado, vacío. Allí no hay más que una especie de escala, con lápiz en la pared. Es la medida del crecimiento del príncipe imperial, que su madre tomaba amorosa...

Allí tenía siempre huéspedes. A la hora de comer, al son de la campana se abría le puerta del gabinete de trabajo y avanzaba majestuosa entre el frufu de la seda de sus largos vestidos negros, mates; llevaba de ordinario la cabeza, cubierta de cabellos blancos, un poco inclinada.

Muy sociable hablaba con sus invitados, con su voz un poco cascada, sin perder nunca un poco de acento español.

Cuando la conversación le interesaba, se aproximaba, con las manos juntas por detrás, inclinándose con interés.

Si no le interesaba, se distraía y se ponía a jugar con los seis anillos de oro que adornaban su mano.

De carácter activo, se ocupaba del decorado de las habitaciones, de podar o plantar árboles en su parque, de ir construyendo su museo, en el que tenía ya muchos recuerdos de Napoleón I, Josefina, etc.

Hasta cuando estaba enferma no la podían obligar a estarse en la cama. Salía siempre, andaba mucho, decía que el aire libre restablecía el equilibrio de sus nervios.

En sus paseos solía hablar con todos los desconocidos que encontraba, diciendo que de todos, por humildes que fuesen, se podía aprender algo.

Muy fuerte, muy animosa para soportar sus disgustos; era muy franca para hablar y sabía mantener un gesto, por el que no se sabía si estaba contenta o descontenta; pero si se incurría en su enojo, caía en un mutismo y una indiferencia prodigiosos, y sus ojos claros suprimían al desdichado, pasando sobre él como si lo viese.

Jamás se familiarizaba para hablar de tú a nadie, ni empleaba los nombres en diminutivo.

Muy culta, gustaba de que la leyesen y enterasen de todo. Su novelista predilecto era Anatole France. En ideas políticas era muy liberal y decía que la palabra «liberal» significa «justa.»

Ahora el Dr. Barraquer le batió las cataratas.

A las veinticuatro horas de ser operada, pudo ya la augusta dama levantarse.

Al dar las gracias al doctor Barraquer por el éxito de la operación, dijo graciosamente:

—De modo, doctor, que gracias a usted habré yo visto dos veces la luz en España.

Lo último que ha leído ha sido el Quijote, y comenzó a leer en voz alta. Fué la última vez que leyó.

En el palacio de Alba se ha señalado la página en que la Emperatriz leyó por vez postrera en la lengua y en el libro de Cervantes.

Fué muy feminista; ella hizo que Rosa Bonheur, la pintora de animales, recibiese la cruz, que no había tenido ninguna artista y a su influencia se debió la entrada de las primeras mujeres en telégrafos. En este punto más que del siglo XIX, parecía del siglo XXX.

Un decreto de 1862 había puesto las casas cunas y las salas de asilo bajo la protección de la emperatriz, y se multiplicaron en todas las provincias. Cuando la guerra de Italia, Eugenia, para socorrer a las viudas y huérfanos de los soldados franceses, abrió una subscripción que produjo cinco millones y pico de francos. En 1858 se inauguró el hospital militar de Vincennes.

Entonces empezaba a generalizarse el uso de las máquinas de coser, y muchas obreras pudieron así adquirir tan precioso medio de trabajo.

A menudo, enterada de tal o cual infortunio, iba a casa de los pobres a llevarles socorros y consuelos, sin darse a conocer. Le hubiera sido fácil enviar sus limosnas; pero ella decía, y con razón: «El ver de cerca la miseria y el sufrimiento, ayuda a soportar otras penas.»

Eugenia presidió y fomentó considerablemente la institución de caridad materna fundada por María Antonieta y que socorría a domicilio a las parturientas.

Era muy perspicaz, muy comprensiva, ha sido muy caritativa, de un carácter muy igual y dulce. Le gustaba como se sabe viajar, a bordo de su yate y pasar largas temporadas fuera, pero para vivir gustaba de Inglaterra, que decía que era «el país de Europa en donde se respeta más la libertad individual y donde pueden vivir dignamente los soberanos sin trono».

Conservó siempre un gran cariño a Francia. Pasaba temporadas entre los olivares del Cabo Martín, y volvió muchas veces a París.

Allí se cuenta la anécdota de ser reprendida por un jardinero por haber cogido una rosa en los jardines de las Tullerías.

Mas conmovedor es aun el hecho de buscar, entre los árboles incendiados, en el parque de Saint Cloud, el árbol que se plantó el día que nació su hijo, y reconocerle para arrodillarse a besarle devotamente.

Su amor a Francia fué tal, que ahora vistió de blanco y negro, aliviando su luto para celebrar su victoria, y ha recorrido Alsacia y Lorena, reconquistadas, que se habían perdido en su reinado. Parecía así haber cumplido su destino: al verlas redimidas.

Alfonso XIII y la Reina Victoria, su ahijada, la habían visitado varias veces en su retiro de Inglaterra.

Hablaba siempre de Napoleón con gran respeto, y últimamente no le gustaba recordar el pasado. Temía miedo de recordar su avanzada edad.

A pesar de su culto a sus muertos rechazó siempre el llevar sobre sí caballos, dientes ni cosas parecidas.

Amaba mucho a su familia. Cuando se casó la duquesa de Galisteo con

el duque de Tamames, le regaló un frasco de saies de oro con piedras preciosas, y le amuebló un gabinete cubierto de tapices de Gobelinos.

Parece que en estos últimos tiempos se había agudizado su amor a España, era como la llamada de la tierra en que nació que la atraía.

Hace pocos meses había realizado un viaje por Andalucía, y en Sevilla asistió a una fiesta organizada en el famoso cortijo de «El Tuerto», propiedad de los hijos de Miura, en honor de la reina.

La Emperatriz, fué en un coche tirado por cuatro caballos y un pericán, todos enjaezados a la andaluza, con los collerones cuajados de tintineantes cascabeles.

Asistían el duque de Alba; Marconi, el inventor del telégrafo sin hilos; la Reina Victoria, Joselito y la duquesa de Sanoña, que tomó parte en la fiesta y formó grupo, derribando una becerra con maestría extraordinaria.

La Emperatriz Eugenia encomió los méritos de ginete de Joselito, diciéndole:

—Hace mucho tiempo—le dijo—que no presencié la fiesta nacional; pero sé de su fama, de su arte y de su valor en la lidia.

Tenía tal memoria que pocos días antes de morir, al bajar las escaleras del palacio de Liria las contaba, pisando fuerte. «Una, dos, tres... trece. Lo mismo que en Farnboroug Hill», dijo, y al llegar al jardín añadió: «Antes había aquí tres escalones y no habéis dejado más que dos».

El día 8 de Julio de 1920, bajó al jardín y se empeñó en tomar un poco de horchata helada. Tal vez esto le sentó mal, tal vez el clima traicionero de Madrid, pero su indisposición parecía ligera. El sábado almorzó un poco de sesos y fruta, y bebió una copita de Burdeos con agua.

—Me siento bien—decía.

Estuvo hablando y riendo hasta la tarde en que su estado se agravó. Murió a las ocho de la mañana del día siguiente, domingo, a los noventa y cuatro años de edad, con la muerte dulce que sigue a una vida tan larga y a una vida tan intensa, que ha de seguir viviendo en el recuerdo y en la historia.

Junto a su lecho de muerte se hallaban sus dos amigas más fieles, las que nunca la abandonaron. Una es dama de honor y sobrina suya; se llama doña Antonia Bejarano, hija de los condes de la Nava del Tajo, casada en París con M. Pierre d'Attainville. Doña Antonia Bejarano fué nombrada dama de la Emperatriz cuando murió Mme. Le Breton, que había abandonado las Tullerías cuando la Soberana pasó a Inglaterra.

Otra es su doncella, Mme. Aline Pelletier, que ya estaba al servicio de la Emperatriz antes del desastre de Napoleón III. Mme. Pelletier tiene ya más de setenta años.

Por deseo suyo, expreso, no se admitieron coronas ni flores. El cadáver de la Emperatriz, embalsamado y colocado en una caja de cinc con tapa de cristal, se encerró dentro de otra caja de caoba para ser conducido a Inglaterra, y reposar al lado de su hijo y de su esposo.

El último traje que se vistió la Emperatriz fué el hábito de Santiago.

No nos acostumbremos fácilmente a la idea de la muerte de Eugenia de Montijo; para nosotros, seguirá siempre viviendo, en esa lejanía misteriosa en que nos habíamos acostumbrado a contemplarla y en la que se confundían ya lo real e imaginario: la vida y la muerte.

FIN

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-emp



1001149

1001149



730